

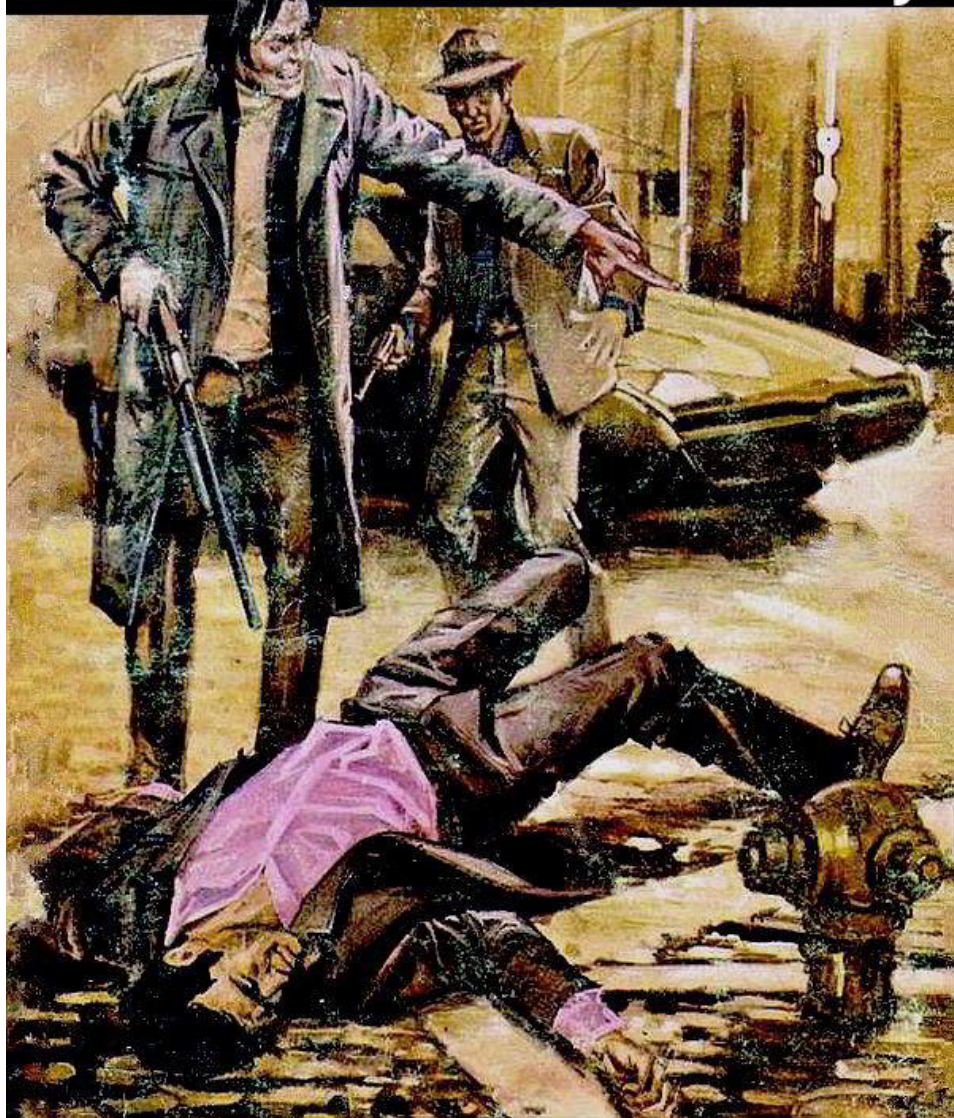
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL MUERTO NO TIENE COARTADA

Adam Surray



El rostro de James Bennett se tornó pálido.

Cadavérico.

Lentamente depositó el auricular en su base quedando unos instantes inmóvil. Con la mirada ausente. La boca entreabierta. Reflejando en sus facciones una mueca de estupor.

Se abrió la puerta del despacho.

Aquello no hizo reaccionar a James Bennett.

Su mueca ya adquiriría tonalidades de estupidez.



Adam Surray

El muerto no tiene coartada

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1437

ePub r1.0

Lds 01.12.18

Título original: *El muerto no tiene coartada*

Adam Surray, 1978

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El rostro de James Bennett se tornó pálido.

Cadavérico.

Lentamente depositó el auricular en su base quedando unos instantes inmóvil. Con la mirada ausente. La boca entreabierta. Reflejando en sus facciones una mueca de estupor.

Se abrió la puerta del despacho.

Aquello no hizo reaccionar a James Bennett.

Su mueca ya adquiría tonalidades de estupidez.

La muchacha que penetró en la estancia acudió hasta la mesa escritorio haciendo chasquear los dedos de su diestra a escasas pulgadas del rostro de Bennett.

—¡Desciende, papá!

James Bennett dio un respingo golpeando su espalda en el respaldo del sillón giratorio.

Parpadeó.

—Margaret...

—Sí. Margaret. Tu hija. Tu secretaria. ¿Desilusionado? Por la expresión de tu rostro parecías soñar con Cynthia Hirlihy.

—Con alguien muy próximo a Cynthia Hirlihy. —Bennett sacudió la cabeza—. Esa llamada telefónica que me has pasado de Los Ángeles... Era Harry Wiseman.

—Lo sé. ¿Algo va mal en la sucursal?

—No. Se trata de Jerome McGiver. El director y productor cinematográfico. Ha muerto en un absurdo accidente. Hacía tan sólo unos meses que había suscrito la póliza y...

—¡Por el amor de Dios, papá! La Bennett Company es una de las empresas aseguradoras más importantes de California. No seas ridículo lamentando tener que pagar una póliza.

James Bennett entornó los ojos.

Fijos en su hija.

—¿Conoces el importe para el caso de defunción de Jerome McGiver?

—No recuerdo... Fue un contrato general englobando a los principales componentes del filme a rodar, ¿no es cierto?

—Correcto. Los dos principales actores y el director. También una serie de eventuales siniestros durante el rodaje quedaban cubiertos con el seguro. Dada la importancia de la póliza a cubrir, el Consejo de Administración consideró oportuno que me desplazara a nuestra sucursal de Los Ángeles para que tratara personalmente con la

Mather & McGiver

Film. Medio millón de dólares en caso de muerte de Jerome McGiver. Cynthia Hirlihy y Sidney Rowan, protagonistas del filme, están asegurados cada uno en un millón de dólares.

—No es mucho dada la categoría de ambos. Son los mejores. En cuanto a Jerome McGiver estaba considerado como uno de los más brillantes directores de Hollywood. Medio millón de dólares... No siempre se gana, papá.

—No debí aceptar. El mundo del cine está podrido. Apesta.

Margaret sonrió.

—Todas las compañías aseguradoras californianas envidiaron ese contrato. Y tú lo sabes.

—Y ahora se retorcerán de risa. ¡Maldita sea!... Avisa a Dawson.

—¿Monty Dawson?

—¿De qué te sorprendes? ¿Crees que voy a soltar el medio millón de dólares sin previa investigación de los hechos? La muerte de Jerome McGiver fue debida a un accidente muy... extraño. Ocurrió esta misma mañana. Durante el rodaje. Wiseman no ha podido adelantarme mucho, pero parece ser que Sidney Rowan disparó sobre McGiver. Representaban una escena, del filme.

—¿Con fuego real?

—Eso es lo que Monty Dawson investigará.

—Lo dudo.

James Bennett volvió a posar sus ojos en Margaret.

Cansinamente.

Bennett era un individuo de cabello ya gris en los aladares. Y no

muy abundante. Un hombre que había conseguido construir una gran empresa a base de duro trabajo. Con gran esfuerzo. Su triunfo se fundamentaba en saberse rodear de los mejores. Agentes, ejecutivos, administradores, investigadores.

Siempre los mejores.

—¿Por qué? Dawson es nuestro mejor detective.

—Ahá. Y lo despediste hace cuatro días. ¿Ya lo has olvidado?

—¡Al diablo con eso! Monty Dawson lleva trabajando para nosotros más de un año. ¿Cuántas veces le he despedido? ¡No llevo la cuenta! Es un individuo indisciplinado, marrullero y poco de fiar; pero insustituible para asuntos de importancia. Un verdadero sabueso. Endiabladamente astuto. ¿Recuerdas el caso de la viuda Robertson? Íbamos a entregar doscientos mil dólares por el fallecimiento de su esposo en lamentable accidente de tráfico. Un auto que se dio a la fuga después de destrozar a Robertson sobre el asfalto. Y Monty Dawson consiguió dar con el fulano. Amante de la desconsolada viuda. Ambos planearon la muerte de...

—Sí, papá, lo recuerdo muy bien —interrumpió Margaret—. Y también la demanda que la señora Robertson entabló contra Monty Dawson por malos tratos y lesiones. La Bennett Company, subsidiaria, pagó veinticinco mil dólares.

—Jamás me he mostrado partidario de los... especiales métodos de Dawson, aunque son eficaces para determinados asuntos. Nos ahorró ciento setenta y cinco mil dólares. Es el mejor sin duda. Avísale.

—Esta vez fue en serio, papá. Monty Dawson, después de discutir contigo y ser despedido, pasó por caja y retiró todos sus haberes. Se despidió de todos. Tengo entendido que piensa establecerse por su cuenta.

—¿Estás bromeando? ¡Nadie abandona la Bennett Company! Pago los mejores sueldos y...

—Dawson fue despedido —recalcó Margaret divertida por la ira de su padre—. Cierto que ya había ocurrido en otras ocasiones, pero Dawson te tomó la palabra. Afirmó que ya estaba cansado de discutir y de tus continuos reproches a su trabajo. Se marchó, papá. Definitivamente.

—Comunícame con él.

Margaret permaneció inmóvil.

Ignorando la orden.

—Creí que habías llegado a conocerle. ¿Imaginas a Monty Dawson retornando con el rabo entre las piernas para lamer la mano que le tiendes?

Bennett movió lentamente la cabeza.

—Sí... Tienes razón. Es un tipo testarudo y orgulloso.

—Encarga a Daniel Rossen el caso. O a Michael Bellamy. No alcanzan la talla de Dawson, pero son buenos detectives.

—Hay medio millón de dólares en juego, Margaret. Si la muerte de Jerome McGiver encierra algo turbio debe ser descubierto. Sólo un bastardo como Monty Dawson deambularía por los estercoleros de Hollywood con éxito. Se desenvuelve entre la basura como pez en el agua.

—Exageras.

—No, hija. Tengo esa corazonada. Ya conoces mi olfato. Éste es un caso para Dawson.

Margaret ahogó un suspiro.

—Bien. Yo le haré volver.

—¿Tú? ¿Cómo? —inquirió Bennett perplejo.

—No me hagas sonrojar con explicaciones.

—¿Estás loca? ¡Ni por todo el oro del mundo permitiría que ese bastardo te pusiera las manos encima!

—Ya lo intentó en más de una ocasión:

—Hijo de perra... Le imagino babeando a tu alrededor. Ambicionando cazar a la hija del jefe.

—Ambicionaba algo más que eso.

—¿Cómo?

—Olvídalo.

—Y tú también. —James Bennett descargó el puño derecho sobre la mesa—. No consentiré que...

—Tengo, veinticuatro años, papá. Sé cuidarme sola. No te preocupes. Engatusaré a Dawson y le convenceré para que vuelva. Confía en mí.

—En ti sí, pero 110 en él. Oye, Margaret... Creo que tienes razón. Tal vez Michael Bellamy nos sirva.

Margaret se encaminó hacia la puerta.

Se detuvo antes de hacer girar el pomo.

—Me presentaré en el apartamento de Dawson a las ocho. En

menos de quince minutos quedará convencido.

—Telefonaré a las ocho y quince minutos. Te servirá de disculpa para salir del apartamento.

Margaret sonrió.

—Como gustes, aunque tío es necesario. Ya 110 soy una niña. Sí.

Efectivamente Margaret Bennett va no era una niña.

Y lo iba a demostrar.

CAPÍTULO II

Primero entornó los ojos.

Acto seguido parpadeó.

Repetidamente.

Incrédulo.

—¿No me invitas a pasar?

Monty Dawson reaccionó con una sonrisa. Se hizo a un lado para permitir la entrada de la joven en el apartamento.

—Por supuesto, Margaret... Discúlpame. Estoy realmente sorprendido.

Margaret Bennett correspondió a la sonrisa.

Lucía un elegante y atrevido vestido de *coktail*. Con pronunciado escote en «V» que casi mostraba el ombligo. Sus breves y erectos senos generosamente al descubierto.

—¿Por qué?

Dawson tomó la pieza que cubría los desnudos hombros femeninos. Despreocupadamente la arrojó sobre una de las sillas del *living*.

—Llevo más de un año intentando convencerte, Margaret... Y ahora te presentas voluntariamente en la guarida del lobo.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

Se encaminó hacia la abierta puerta del salón.

—Ahora ya no trabajas para la Bennett Company, Monty. Tenía como norma no... comprometerme con los empleados.

—Yo era un empleado muy especial.

—Lo sé, Monty.

Se miraron a los ojos.

Monty Dawson avanzó, pero la joven adivinó sus intenciones y comenzó a pasear por el salón.

—Bonito apartamento, Monty...

En el salón reinaba el desorden. Los almohadones del sofá en el suelo. Sobre la alfombra un ejemplar del Penthouse. En una pequeña mesa, dos latas de cerveza vacías y restos de un sandwich. El teléfono en el suelo. Junto a una semivacía botella de «Johnnie Walker».

—Necesita un toque femenino.

—Aquí estoy yo, Monty.

Dawson volvió a entornar los ojos.

Perplejo.

El cambio experimentado en Margaret Bennett era notorio. Sorprendente. No quiso desaprovechar aquella oportunidad. Era un bocado demasiado apetitoso para dejarlo escapar.

Posó las manos en los desnudos hombros de Margaret.

Atrayéndola contra sí.

—Margaret... durante meses me has hecho babear por los departamentos de la Bennett Company... esquivándome.

—Te equivocas, Monty. Al mes de entrar en la Bennett Company acepté tu invitación, ¿recuerdas? Me llevaste a cenar a la romántica Cliff House. Luego al *bungalow* de un motel. Al negarme a acompañarte me dejaste plantada en la autopista.

Dawson besó el frágil y suave cuello femenino. Subió hasta mordisquear el lóbulo derecho.

—Creí que te burlabas de mí, nena... Y eso no me gusta.

—¿De veras?

—También lo de ahora me resulta sospechoso, pero no importa. Estás aquí y te será muy difícil escapar.

—No quiero escapar, Monty.

La joven echó los brazos tras la nuca de Dawson. Atenazándole con fuerza. Sensual.

Unieron sus labios.

Ávidamente.

En un largo y volcánico beso enloquecido por el deseo.

Las manos de Dawson acariciaron la espalda femenina hasta alcanzar la cimbreante cintura. La suave redondez de las caderas...

Al tornarse sus caricias más audaces, fue rechazado.

—Tengo sed, Monty.

—Luego, nena, luego...

—Ahora, Monty.

Dawson soltó a la muchacha con un resignado suspiro. Acudió al semicircular mostrador del mueble-bar.

—¿Qué te preparo?

—Sorpréndeme —replicó Margaret dejándose caer voluptuosamente en el sofá del salón.

Dawson tragó saliva.

Con los ojos vidriosos.

Se esmeró en el combinado. A base de ginebra, *brandy* y cointreau. Portando los dos vasos se acomodó junto a Margaret.

Bebieron en silencio.

Mirándose a los ojos.

Monty Dawson le arrebató el vaso para, junto con el suyo, depositarlo sobre la cercana mesa. Se disponía a abalanzarse sobre Margaret; pero ésta se llevó un cigarrillo a los labios. Lo succionó sensualmente. Con un provocativo mohín en los carnosos labios.

—Te echamos en falta en la Bennett Company, Monty. En especial Sandra Scott, de la Sección de contabilidad.

Dawson rió divertido.

—La ayudaba a cuadrar los libros.

—Seguro. También Karla, una de las mecanógrafas, dice que tocabas muy bien las teclas de su máquina de escribir. Eres muy mañoso.

Monty Dawson colocó su diestra en la rodilla izquierda de la muchacha.

Distraídamente.

Como el que no quiere la cosa.

—¿Estás celosa, Margaret?

—Es posible.

—Ninguna puede compararse a ti, Margaret —la mano de Dawson se movió cautelosa. Percibiendo la suave piel que quemaba al contacto—. Tú eres la más...

—Quiero que regreses a la Bennett Company.

Dawson quedó rígido.

Su diestra se apartó para, instantes después, retroceder.

Rió en burlona carcajada.

—Se trata de eso, ¿eh? El viejo Bennett quiere que vuelva y envía a su hija como cebo.

Margaret enrojeció.

Furiosa.

—¡Cómo te atreves...! ¿Sabes una cosa, Monty? Mi padre ni tan siquiera sospecha que estás despedido.

Dawson atrapó la cajetilla de «John Player» depositada sobre la mesa. Encendió uno de los emboquillados.

—Fue él quien...

—¿Y cuántas veces lo ha hecho durante el año? —interrumpió Margaret—. Tú jamás le habías hecho caso. ¿Por qué ahora sí, Monty? ¿Por qué le has tomado la palabra?

Dawson exhaló una bocanada de azulado humo.

Fijó sus ojos en la muchacha.

—¿Quieres una respuesta sincera, Margaret?

—Te la agradecería.

—Okay. Tu padre es un patán, Margaret. Sorprende el verle dirigiendo una empresa como la Bennett Company. Ya sé que se hace rodear de los mejores colaboradores que son en realidad quienes controlan la nave; pero aún así resulta difícil contemplar a tu padre prendiendo la Junta de Accionistas o indicando lo que se debe hacer. El director de una importante compañía aseguradora no mete las narices en los trabajos de las mecanógrafas, no supervisa los libros de contabilidad ni discute con los detectives. Tu padre quiere estar en todas partes y...

Margaret interrumpió nuevamente.

—Mi padre empezó como ascensorista en una compañía de seguros, Monty. Tal vez sus modales sean los de un patán. Si mete las narices en todas partes es precisamente por estar acostumbrado a trabajar en todo. ¿Qué quieres? ¿Qué se encierre en su despacho a contemplar como sube el gráfico de la empresa? El Consejo de Administración está muy contento con James Bennett. Él lo supervisa todo y los diferentes departamentos no se molestan por ello. Conocen a mi padre. Todos los defectos están compensados por su voluntad de trabajo. Y su instinto. Sí, Monty. Su instinto. El de un luchador que empezó desde el peldaño más bajo.

—Yo empecé en las cloacas.

—No estoy bromeando, Monty.

—Tampoco yo. No dudo del instinto de tu padre. ¡Lo ha demostrado en más de una ocasión! Si algo le parecía podrido, ese

algo terminaba siendo un basurero. Es un buen tipo.

—Entonces... ¿qué tienes contra él?

Dawson se encogió de hombros.

Aplastó el cigarrillo.

—Nada. No soporto la disciplina. Entré en la Bennett Company en un momento difícil para mí. Estaba sin un centavo y mi licencia de investigador privado bajo la amenaza de ser retirada. Creí que trabajando para una empresa no resultaría tan peligroso como actuando en solitario. Al menos no me buscaría yo los embrollos. Recibo un magnífico sueldo, pero no soporto por más tiempo ciertos requisitos disciplinarios y ver juzgado mi trabajo.

—Los demás detectives de la Bennett company.

—¡Al diablo con ellos!

Margaret sonrió.

Se aproximó a Dawson.

—Regresa con nosotros, Monty... Hazlo por mí.

—Llevo más de un año, Margaret. Es mucho tiempo ya. Mi intención al solicitar el trabajo en Bennett Company fue permanecer un máximo de tres meses. Reconozco que se me presentaron casos interesantes y fui alargando mi permanencia.

—Sólo hasta el verano. Faltan apenas un par de meses... luego te despides, Monty. Pasaremos una temporada en Miami. Tú y yo... vacaciones pagadas por la Bennett Company. ¿Qué respondes?

Dawson nada dijo.

Los gordezuelos labios de Margaret estaban demasiado próximos.

Entreabiertos.

Húmedos.

Anhelantes...

Monty Dawson fue al encuentro de aquellos ardientes labios cerrándolos en devorador beso. Incluyó lentamente a Margaret sobre el sofá.

El cuerpo de Margaret se arqueó, estremecido. Acusando las caricias. Correspondiendo a ellas.

El teléfono depositado sobre la alfombra, a poca distancia del sofá, comenzó a sonar.

Dawson profirió una maldición a la vez que alargaba su mano derecha en busca del auricular.

—Monty...

—¿Sí, Margaret?

—No contestes —murmuró la muchacha con el rostro encendido y voz jadeante—, no contestes...

CAPÍTULO III

James Bennett apretó con fuerza las mandíbulas.

Había seguido las indicaciones de su hija. Simular no conocer el despido de Dawson. No sorprenderse por el retorno a la Bennett Company.

Y allí estaba Monty Dawson.

Acomodado en uno de los sillones del despacho. Arrojando con indolencia la ceniza del cigarrillo sobre la moqueta. En su mano derecha un voluminoso *dossier*.

Un detective...

James Bennett movió la cabeza de un lado a otro.

Contemplando furtivamente a Dawson.

Unos treinta años de edad. Alto y delgado. Pelo negro y abundante. Rostro de correctas facciones, aunque sin resultar atractivo. Los ojos de un extraño color gris. Demasiado claros. De su mirada surgía un sempiterno cinismo e insolencia.

Vestía chaquetilla de cuero color *whisky* con bolsillos sobrepuestos y respunteados. Jersey cuello cisne a juego con el pantalón. Zapatos de grueso tacón.

Sí.

Un investigador de la Bennett Company, aunque bien podía confundirse con un jugador de los «Giants» de San Francisco.

Monty Dawson dejó el *dossier* sobre la mesa escritorio.

—¿Y bien, Dawson? ¿Qué opina?

—¿De qué?

Bennett enrojeció.

Comenzó a golpear el *dossier* con el puño derecho.

—¡De esto, maldita sea!

Dawson esbozó una sonrisa.

—No he entendido gran cosa. Mucha parrafada y letra pequeña.
¿Por qué no me hace un resumen?

Bennett quedó unos segundos con la boca entreabierta.

Pasó las palmas de las manos por el rostro.

—Escuche con atención, Dawson... Éste es un duplicado del contrato firmado entre la

Mather & McGiver-New

Film y la Bennett Company. Fundamentado en el rodaje de un film producido por la mencionada

Mather & McGiver.

Las diferentes cláusulas del contrato abarcan desde siniestros en los decorados hasta la integridad física de los principales componentes del film.

—El director y los dos protagonistas.

—Correcto. Algo se le ha quedado. Lógicamente la cantidad varía entre un accidente que incapacita temporalmente a cualquiera de los asegurados o la incapacidad total y la muerte. Desgraciadamente, Jerome McGiver ha muerto.

—Desgraciadamente para él.

—¡Y también para la Bennett Company! —replicó James Bennett molesto por la ironía—. La muerte de McGiver fue algo... extraña. Aconteció ayer en Gradysville. Los periódicos de hoy no adelantan gran cosa. Escuetamente señalan un accidente durante el rodaje.

—¿Quién es el beneficiario de la póliza? ¿La familia de McGiver?

—¡Maldita sea! ¡Lleva más de un año con nosotros y no ha aprendido nada! ¿Por qué no lee detenidamente lo...? ¡Está bien! No, Dawson. No es la familia. Tampoco la hay. El contrato fue firmado por la

Mather & McGiver-New

Film. El beneficiario será Joseph Mather. Aquí tiene todos sus datos personales. Al igual que los de Jerome McGiver. Este último no tiene familia. Ni mujer, hermanos... nadie.

—Mejor. Nadie le fingirá lágrimas de dolor.

Bennett ignoró el comentario.

—Quiero que se desplace hoy mismo a Los Ángeles. Mejor dicho, a Gradysville. Solicitará colaborar con la policía local en las investigaciones sobre la muerte de Jerome McGiver.

—¿Solicitar?... No sea ridículo.

Bennett volvió a enrojecer.

Ahora más intensamente.

—No me ocasione disgustos con las autoridades, Dawson. Se lo advierto.

—Tranquilo.

—Haré que le proporcionen un pasaje para Los Ángeles en el primer vuelo.

—No se moleste. Iré en mi auto. Jerome McGiver murió ayer, ¿no es cierto? ¿Por qué entonces tanta prisa? Apuesto a que ni siquiera se conocen los resultados de la autopsia. En las ciudades pequeñas se toman las cosas con mucha calma.

—Investigue a fondo, Dawson. Harry Wiseman, nuestro director en la sucursal de Los Ángeles, le aclarará toda duda que se le presente relacionada con el contrato.

—Me hospedaré en el hotel Continental. Comuniqué a la sucursal que me envíe a alguien de la oficina versado en el mundo cinematográfico. Estaré en Los Ángeles para la hora de la cena. ¿Dónde está la pasta?

Bennett arrugó instintivamente la nariz.

Conversar con Monty Dawson era representar una película de gánsteres.

—Aquí tiene —tendió un sobre al detective—. No repare en gastos. Si necesita más solicítelo en la sucursal de Los Ángeles.

Dawson contempló el contenido del sobre.

Silbó con admiración.

—Diablos... Quiere que mueva todos los resortes, ¿eh? Todo menos soltar el medio millón de la póliza.

—Quiero la verdad. Si la muerte de Jerome McGiver lúe realmente un simple accidente, Bennett Company pagará hasta el último centavo.

—Seguro.

—No me molesta su ironía, Dawson. Esto es un negocio. Si hay que pagar, se pagará; pero no sin antes investigar minuciosamente el suceso. Es lo normal.

—¿Enviará también a los otros detectives?

—¿Cómo?

Monty Dawson sonrió.

—Ya sabe a qué me refiero. Los detectives de guante blanco. Los refinados y empollados en tecnicismos legales que se conocen las diferentes pólizas de seguros como la palma de la mano.

—Pues... sí..., pero no son detectives propiamente dicho. Son ejecutivos que conversarán con Joseph Mather sobre...

—No se esfuerce. —Dawson se encaminó hacia la puerta del despacho—. Ellos hacen el trabajo fino. Dar el pésame, platicar sobre el contrato, alargar el pago... Para Monty Dawson, excepto en estercoleros, el trabajo sucio.

—Eso no es...

El detective le interrumpió.

Ya con la puerta del despacho entreabierta.

—No me importa, jefe. Es más... me gusta. Resulta divertido descubrir a gente honorable en los basureros.

CAPÍTULO IV

Monty Dawson abandonó San Francisco una hora más tarde de su entrevista con Bennett.

No perdió mucho tiempo en la preparación de su equipaje. En un pequeño maletín dos juegos de ropa interior, el cepillo de dientes, la máquina de afeitar y una «Luger».

Bajo el cinturón, en el costado izquierdo, su inseparable revólver del treinta y ocho.

Pocas veces utilizaba las armas para sus trabajos en la Bennett Company; pero un hombre con el turbulento pasado de Monty Dawson necesitaba ese tipo de protección.

Realizó el trayecto San Francisco-Los Ángeles con tan sólo dos descensos del auto. Un ligero almuerzo y breve parada en un *snack* para refrescar la garganta.

Su Chevrolet «Corvette» de aerodinámico diseño realizó un buen promedio en la autopista. Un magnífico vehículo. Coupé de dos puertas e igual número de asientos. De color hueso.

Alrededor de las siete horas le llevó el divisar la endiablada ciudad de Los Ángeles.

Ya cuando los primeros anuncios de neón iluminaban las calles con multicolores destellos.

Un tráfico intenso y desordenado recibió a Monty Dawson.

El hotel Continental estaba enclavado en Cabot Street. A poca distancia del Elysian Park.

Monty Dawson estacionó el «Corvette» en el *parking* exterior del hotel.

Poco más tarde ocupaba una de las habitaciones emplazadas en la octava planta.

Allí encontró los periódicos de la ciudad.

Del mueble-bar se preparó un *whisky*. Acomodado en el sofá de la antesala tomó el primero de los diarios.

Los Ángeles Times.

En la sección de espectáculos encontró la reseña de la muerte de Jerome McGiver.

Dawson chasqueó la lengua.

Sin evitar el esbozo de una sonrisa.

Sí.

Aquello tenía gracia.

Unos golpes en la puerta desviaron la atención de Dawson. Se incorporó del sofá para deslizar el pasador acoplado en la hoja de madera.

Abrió la puerta.

—¿Señor Dawson?

El detective arqueó las cejas.

Sorprendido y también admirado de la belleza de la joven que le sonreía bajo el umbral.

Una muchacha de encantador rostro. De perfectas facciones. Con un cuerpo de curvas bien distribuidas y proporcionadas. Senos algo prominentes, aunque tal vez acentuados por el ajustado jersey. Nada debajo de esa prenda. Se deducía por los dos provocativos puntos marcados en la tela. Falda corta cruzada con tres cierres. Sobre el hombro izquierdo pendía un bolso azul tejano.

—¿Señor Dawson? —inquirió nuevamente la joven.

Monty Dawson dejó de contemplar aquel turbador busto.

—¿Cómo?... Ah, sí... Yo soy Dawson.

—Mi nombre es Samantha Lynley. Empleada en Archivo y Documentación de la Bennett Company de Los Ángeles. El señor Harry Wiseman, nuestro director, ha recibido llamada de la central de San Francisco ordenando que...

—¿Y tú eres la enviada?

—Ahá.

Dawson parpadeó.

Aquello era demasiada suerte.

Se hizo a un lado.

—Adelante, Samantha. Estaba tomando un *whisky*. ¿Te apetece?

—No, gracias. Detesto las bebidas alcohólicas.

La sonrisa de Dawson se tornó en mueca.

La cosa empezaba mal.

Samantha se había sentado en el sofá. Abrió el bolso comenzando a sacar papeles y carpetas.

—Dispuesta a responder a sus preguntas, señor Dawson.

—Oye, Samantha... nada de cumplidos. Puedes llamarme Monty, ¿de acuerdo?

La muchacha le dirigió una fría mirada.

—Lo lamento, señor Dawson —recalcó las dos últimas palabras—, pero tengo como norma no dar familiaridades de ningún tipo. Y menos mientras desempeño mi trabajo.

Monty Dawson ya no parpadeó.

Ahora desorbitó los ojos.

—Bien... ¿cómo debo llamarte a ti? ¿Ilustrísima? ¿Excelencia? ¿Honorable señorita Lynley?...

—Como guste. Me tiene sin cuidado.

—De acuerdo. Dejemos eso. —Dawson se derrumbó en el sofá junto a la joven. Encendió un cigarrillo—. ¿Fumas, Samantha?

—No.

—Lo suponía.

—¿Empezamos, señor Dawson? Le haré una sinopsis.

—¿Qué me vas a hacer?

—¡Una sinopsis! Un resumen de los hechos.

—Ah... Había entendido otra cosa.

Los ojos de la muchacha se posaron despectivos en Dawson.

El detective se sintió como un gusano.

—La

Mather & McGiver-New

Film comenzó recientemente el rodaje de su tercera película. Los dos anteriores films realizados fueron «There is a man outside» y «The Wall». Ambos de gran calidad artística, pero no dieron sus frutos en taquilla.

—¿Dirigidos por Jerome McGiver?

Samantha asintió con un movimiento de cabeza.

—En la unión Joseph Mather y Jerome McGiver, acontecida hace unos tres años, el primero de ellos aportó la mayor parte del capital. McGiver su inteligencia como director cinematográfico y, por supuesto, también algún dinero. Las ganancias de la sociedad eran a partes iguales. El tercer film a rodar es «A blue sky». Iba a ser

realizado mayormente en Gradysville.

—¿Por qué?

—Se necesitaban los escenarios naturales de una pequeña ciudad norteamericana. Gradysville fue la seleccionada por ser la ciudad natal de Jerome McGiver. Fue un acto de generosidad.

—Comprendo.

—Supongo que estará al corriente de cómo se originó la muerte de Jerome McGiver.

—Oh, sí... Fue algo muy gracioso.

—¿Gracioso?

Dawson succionó el cigarrillo.

Movió la cabeza afirmativamente.

Con una sonrisa en los labios.

—Al menos la forma de narrarlo en los periódicos. Se filmaba una escena. Sidney Rowan, el protagonista, tenía que disparar sobre uno de los «malos». Vaciarle el cargador del revólver. A los tres disparos, McGiver dio la orden de «corten». El actor que hacía el papel de villano...

—Stuart Boone.

—Sí, ese tal Stuart Boone, lo hacía muy mal a juicio de McGiver. No hacía bien el muerto. Se dejaba caer como un saco de patatas. Jerome McGiver decidió enseñarle. Ocupó su lugar y ordenó a Sidney Rowan que continuara los disparos. Los dos primeros proyectiles eran los clásicos trucados. El tercero y último, una bala del treinta y ocho que perforó el corazón de McGiver.

—Correcto. Ésa es la versión oficial de lo ocurrido. ¿Dónde está lo gracioso?

—Hay que tener sentido del humor, Samantha. Reconoce conmigo que McGiver, en su deseo de hacer bien el muerto, lo consiguió plenamente.

—Un humor macabro. De muy mal gusto.

—Tienes unos labios deliciosos, Samantha. Ni carnosos ni delgados. En su punto. Condenadamente sensuales. ¿Peco ahora de mal gusto?

—Sólo de insolente.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiún años.

—Magnífico. No me gusta pervertir a menores.

—El señor Bennett se quedó corto.

Dawson entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Solicitó conversar personalmente conmigo al saber que era la designada para recibir a Monty Dawson. Un buen detective, pero individuo poco recomendable. Me puso en guardia.

—Ya.

—Bien, señor Dawson. Aquí tiene los datos de los componentes del film «A blue sky». Actores, técnicos...

—Joseph Mather tiene su domicilio en Los Ángeles, ¿no es cierto?

—En Hollywood. Un *bungalow* de Beverly Hills.

—Le haré una visita.

—Está ahora en Gradysville. Esta tarde se celebraban los funerales de McGiver.

—¿Le entierran allí?

—Era un deseo manifestado por Jerome McGiver en infinidad de ocasiones. Tenía una casa en Gradysville, aunque su domicilio habitual era en Beverly Hills. Soñaba con retirarse algún día a Gradysville.

—Pues ya lo ha conseguido. Bueno, nos desplazaremos a Gradysville.

—¿Debo acompañarle?

—Sí, Samantha. No me gusta estar solo. También puede ocurrir que necesite de tus valiosos servicios y documentación. No hemos hecho más que empezar y las preguntas surgirán sobre el terreno.

—Lo consultaré con el señor Wiseman.

—Saldremos a las ocho de la mañana.

Samantha se incorporó.

Recuperó el bolso dejando varios papeles sobre la mesa.

—¿Dispone de auto?

—Un «Corvette» último modelo. Te gustará, Samantha. Los asientos son reclinables.

—¿De veras? ¡Qué bien! —replicó la joven con nulo entusiasmo—. Hasta mañana, señor Dawson.

El detective también se levantó.

—Oye, Samantha... ¿por qué no cenamos juntos? Conozco un par de tugurios. Algo fuera de serie que no figura en las guías para

turistas. ¿Qué respondes? Samantha hizo girar el pomo de la puerta. Abandonó la estancia cerrando con fuerza.

Era toda una respuesta.

CAPÍTULO V

Gradysville.

Al oeste de Los Ángeles.

Un par de horas de trayecto en el «Corvette».

Una bonita ciudad. Espaciosas calles, arboladas avenidas, reducido tráfico, nula contaminación...

—Maldito villorrio.

—¿No le gusta, señor Dawson?

Monty Dawson desvió momentáneamente los ojos del parabrisas para posarlos en la muchacha.

—Oye, Samantha, no puedo obligarte al tuteo; pero al menos suprime lo de «señor». Ese tratamiento me hace sentirme anciano.

La joven no pudo controlar una leve sonrisa.

—De acuerdo, Dawson.

—Magnífico. Ya hemos adelantado algo. Pues sí, Samantha. Esto es un villorrio. He contabilizado tan sólo un par de hoteles decentes, unas pocas discoteques, un *night-club*... y poco más. No me agradaría pasar aquí un week-end.

—Es una ciudad provinciana como otra cualquiera.

Dawson chasqueó la lengua.

Sus grises ojos fueron de izquierda a derecha de la calzada.

—No... la encuentro diferente. Es... triste. Lúgubre. Eso es. ¡Lúgubre! Esa limpieza en sus calles, los jardines... Es una alegría falsa. Prefiero los grasientos edificios de San Francisco, el asfalto ardiendo, el aire irrespirable...

—Y los tugurios.

Dawson sonrió.

Volvió a fijar fugazmente su mirada en Samantha.

La muchacha lucía un vestido camisero. Un modelito muy favorecedor. Acomodada en el asiento, la falda permitía admirar los esbeltos y bronceados muslos femeninos.

—Correcto, Samantha. Los tugurios. Empiezas a conocerme.

Monty Dawson estacionó en la Price Avenue.

Parecía una de las calles principales de Gradysville.

—Ahí están las oficinas del comisario. Mientras hablo con él, tú localizas el hangar instalado por el equipo de rodaje de la Mather & McGiver New Film.

—Está en una explanada próxima a la Cypress Hill. En las afueras de Gradysville.

—Echa un vistazo por allí. Averigua si se encuentra Joseph Mather, Stuart Boone y los demás componentes del equipo. ¿Crees que se suspenderá definitivamente el rodaje?

—Deduzco que no. Han invertido bastante dinero. La película estaba ya muy avanzada. Se buscará otro director de reconocido nombre. O tal vez Dustin Rayfield, ayudante de dirección de McGiver.

—Investiga todos esos puntos. Nos reuniremos en... allí... aquel *suack*. El Alondra. —Dawson descendió del auto después de señalar el local emplazado a unas cien yardas—. Mucho cuidado, Samantha.

La joven ya se había situado frente al volante.

Dirigió una inquisitiva mirada a Dawson.

—¿Cree que puedo correr peligro?

—Me refería al auto. Cuidado de no abollarlo. No tiene un solo rasguño y me gustaría que...

Samantha reaccionó furiosa apretando con fuerza el pedal del gas.

El vehículo rugió en el asfalto.

Ahogando la burlona carcajada de Monty Dawson.

El detective quedó unos instantes en la acera. Hasta que el «Corvette» dobló por una de las esquinas de la Price Avenue.

Monty Dawson se encaminó con indolente paso hacia las oficinas del comisario.

Formaban un edificio de una sola planta.

Contadas casas de Gradysville superaban los diez pisos.

Sí.

Para Monty Dawson aquello era un condenado villorrio.

Penetró en las oficinas.

Una espaciosa sala dividida por una barrera de separación. Dos mesas se alineaban en primer lugar. Junto a un descomunal archivo. Al fondo, tras la barrera, tres mesas más, un sofá-cama

y el armero. También se divisaban dos puertas. La de la derecha, construida con hoja de hierro, conducía sin duda a las celdas.

Un individuo estaba tras la mesa más cercana a la puerta de entrada a las oficinas. Con las sucias botas sobre la tabla. Luciendo un uniforme que le catalogaba como policía local.

Dirigió una indiferente mirada a Dawson.

—¿Qué se le ofrece?

—Quisiera hablar con el comisario.

—El comisario está ahora muy ocupado —el individuo continuó con los pies sobre la mesa—. Yo soy Jason Bottoms, su ayudante. Tal vez pueda solucionar su problema.

—Mi visita a Gradysville está relacionada con la muerte de Jerome McGiver.

El llamado Jason Bottoms perdió toda indiferencia.

Bajó los pies de la mesa para dirigir una penetrante mirada a Dawson.

—No será periodista, ¿verdad? Ya hemos perdido demasiado tiempo con los muchachos de la Prensa y no...

Dawson sacó su credencial.

La aproximó tanto al rostro de Jason Bottoms que éste se vio obligado a retroceder.

—Monty Dawson, investigador de la Bennett Company. ¿Quiere ahora anunciarme al comisario?

Antes de que el individuo respondiera, se abrió una de las puertas del fondo de la sala.

La situada en el lado izquierdo.

Aparecieron un hombre y una mujer.

El individuo lucía en su gris camisa el distintivo de comisario de Gradysville.

—Deje todo en mis manos, señora Mather.

—Gracias, comisario.

La mujer se encaminó hacia la salida.

El comisario se precipitó para abrir la abatible barrera y acompañarla hasta la puerta.

Pasaron junto a Monty Dawson.

La mirada del detective y de la mujer se encontraron. Ella desvió los ojos, pero Dawson siguió observándola.

Era digna de ser contemplada.

Con toda atención.

Contaría alrededor de los treinta y cinco años de edad. Lucía un elegante vestido. Un modelo que no ocultaba la perfección de su cuerpo. Sus senos se adivinaban túrgidos y firmes. Al igual que las amplias caderas. El rostro era de una belleza sensual. Casi provocativa. En especial sus ojos.

Toda una hembra.

El comisario la despidió bajo el umbral. Al girar sobre sus talones se enfrentó con Dawson.

Jason Bottoms se adelantó a la posible pregunta de su superior.

—Quiere hablar con usted, jefe. Se trata de...

—Monty Dawson, investigador de la Bennett Company —se presentó el detective adelantándose.

—La compañía de seguros, ¿no?

—Correcto.

—Pase a mi despacho, Dawson.

Los dos hombres se dirigieron a la puerta de la izquierda.

En la estancia aún flotaba un turbador perfume femenino.

—¿Era la mujer de Joseph Mather?

El comisario arqueó las cejas.

—¿Cómo?... Ah, sí... Stella Mather. Había citado a su marido, pero el señor Joseph Mather no se encuentra bien. Le afectó mucho la muerte de McGiver. El señor Mather padece del corazón y ayer durante los funerales se resintió. La señora Mather vino a disculpar la ausencia a la cita.

—Una bella mujer.

—Cierto. Tome asiento, Dawson.

Monty Dawson estaba contemplando uno de los cuadros de la pared. Era un diploma a nombre de Dalton Wilder. Ganador de un concurso de tiro con arma corta.

—Ya hace años de eso —comentó el comisario Wilder acomodándose tras la mesa escritorio—. Era más joven.

Dawson ocupó el sillón situado frente a la mesa.

Estudió a Dalton Wilder.

Unos cuarenta años de edad. Corpulento. Rostro de curtidas facciones. Cabeza semirrapada. Los ojos ocultos por unas gafas oscuras de sol.

—Un abogado de la Bennett Company estuvo ayer aquí haciendo algunas preguntas.

—Yo soy investigador.

El comisario esbozó una fría sonrisa.

—Ya nada hay que investigar, Dawson. He cerrado el caso.

—¿De veras? Le felicito. Mis referencias del suceso son algo confusas.

—Estoy aquí para responder a todas sus preguntas.

—Muy amable, comisario. ¿Los hechos corresponden a la versión dada por los periódicos?

—Totalmente.

—¿Qué me dice de la bala?

—Para el rodaje de la escena se pensaba utilizar una «Super-Star», pero se averió siendo imposible el introducir los proyectiles trucados. Jerome McGiver era poseedor de un revólver del treinta y ocho. Se lo entregó al técnico para que procediera a prepararlo con las balas trucadas.

—¿El nombre de ese técnico?

—Robertson. David Robertson. Este asegura haber introducido seis de los proyectiles trucados; pero sin duda quedó uno de los auténticos. El que trágicamente acabó con Jerome McGiver.

—¿Quién vació el cilindro del revólver?

—Robertson.

—¿Conocía usted a Jerome McGiver?

—Por supuesto. Todos en Gradyville le conocían y apreciaban. Fue su amor a nuestra ciudad lo que le hizo rodar «A blue sky» aquí. Era un buen amigo. El, triunfante en Los Ángeles, no se olvidó jamás de nosotros.

—¿Era McGiver un hombre imprudente?

Dalton Wilder no respondió de inmediato.

Sus facciones se crisparon fugazmente.

A Monty Dawson le hubiera gustado leer en aquellos ojos ocultos por las oscuras gafas.

—No comprendo bien su pregunta, Dawson. ¿A qué tipo de imprudencia quiere hacer relación?

—Jerome McGiver tenía licencia de armas.

—Después de lo ocurrido a Sharon Tate, todos los grandes de Hollywood la tienen.

—Si el revólver de McGiver iba a ser destinado para rodar la escena, ¿por qué se lo dio cargado a David Robertson? ¿Por qué no vació previamente el cilindro?

—Robertson podía hacerlo sin riesgo alguno. No era un novato. Es un hombre acostumbrado a todo tipo de armas. De ahí que Jerome McGiver no dudase en entregarle el arma cargada.

—Me resulta extraño.

El comisario rió en seca carcajada.

—Ése es su trabajo. Hacer montañas de granos de arena. Sembrar dudas. Agotar todos los recursos posibles antes de soltar el importe de la póliza. ¿Qué trata de insinuar ahora? ¿Negligencia en McGiver por entregar el revólver cargado? ¿O tal vez..., un suicidio?

Monty Dawson extrajo su cajetilla de «John Player Special».

Pausadamente.

Sonrió ofreciendo un cigarrillo a Wilder.

—No se me había ocurrido esa hipótesis, comisario.

—No trate de engañarme, Dawson. Llevo muchos años como comisario en Gradyville. Posiblemente no tenga la experiencia de un detective de gran ciudad; pero soy zorro viejo. Para la Bennett Company sería magnífico poder demostrar que Jerome McGiver dejó una bala auténtica en el cilindro, pero ocurre que toda esa operación, vaciado y posterior relleno con balas de truca je, la realizó David Robertson.

—Y quedó una bala olvidada.

—Sí. O tal vez confundida. Las he examinado minuciosamente. A simple vista, ni el mejor experto en balística las distinguiría. Las trucadas parecen ocasionar los mismos efectos que una auténtica. Dibujan un orificio rojizo, producen impacto... De ahí que en principio nadie se percatara de lo ocurrido. Sólo los gemidos e inmovilidad de McGiver hicieron reaccionar a los presentes. Todo fue un cúmulo de lamentables circunstancias. Si ese tal Stuart Boone fuera un buen actor, McGiver no hubiera tenido ocasión de

corregirle y asumir momentáneamente su papel.

—Cierto. Y el muerto ahora sería Stuart Boone.

Dalton Wilder se encogió de hombros.

Del bolsillo superior de la gris camisa sacó una pastilla de *chewing gum*. Se la llevó a la boca.

—Muerto por muerto, hubiera preferido a ese Boone.

—¿Conoce ya los resultados de la autopsia?

—Naturalmente. ¿Quiere que le proporcione una copia?

—Será suficiente con un simple vistazo.

El comisario Wilder pulsó una palanca del interfono situado sobre la mesa del despacho.

—Jason... dame la carpeta del caso McGiver.

El ayudante del comisario apareció en la estancia a los pocos minutos. Se retiró después de dejar una carpeta azul sobre la mesa.

—Adelante, Dawson —invitó el comisario—. Consulte cuando quiera. Ahí encontrará fotografías, las declaraciones de los testigos, mis interrogatorios, el resultado de la autopsia...

Monty Dawson abrió la carpeta.

Encontró primeramente las fotografías.

Jerome McGiver. Con un balazo en el corazón. Una de las fotografías le enfocaba de la cintura para arriba. El pecho desnudo. Se veía con gran realismo la mortal herida.

—¿Dónde ocurrió?

—En un hangar montado por McGiver para el rodaje de interiores. El escenario representaba una habitación amueblada.

Dawson pasó una a una las fotografías.

—No encuentro ninguna de McGiver en el hangar...

—La muerte de Jerome McGiver no fue instantánea. Se dio aviso a una ambulancia, pero no llegó con vida al hospital. De ahí que no se hiciera fotografía alguna de McGiver en el hangar.

Dawson quedó en silencio.

Una larga pausa que dedicó a leer los interrogatorios llevados a cabo por el comisario a Stuart Boone, David Robertson, Sidney Rowan...

Tendió el *dossier* a Dalton Wilder.

—Muy interesante todo, comisario. Me gustaría tener una copia de tan brillante investigación. Incluidas las fotografías.

Wilder asintió.

—No tengo inconveniente. Así conocerán en la Bennet Company que la policía local ha realizado un buen trabajo. Sin ningún cabo suelto. Ordenaré hacer esas copias. Dispondrá de ellas en unos treinta minutos. Mientras tanto puede visitar nuestra ciudad.

—¿Siguen aquí los componentes de «A blue sky»?

—En efecto. Al menos la mayor parte del equipo de filmación. Creo que esperan órdenes de Joseph Mather para reanudar o suspender temporalmente el rodaje. Todos hospedados en el hotel Stefanis.

Dawson se incorporó.

Dando por terminada la entrevista.

—Me daré una vuelta por el hotel.

—Le gusta perder el tiempo, ¿eh?

—Debo justificar mis honorarios, comisario.

—Unos treinta minutos, Dawson. En ese plazo tendrá en su poder las copias y podrá abandonar Gradysville.

Monty Dawson abrió la puerta del despacho.

Esbozó una sonrisa que Dalton Wilder no supo catalogar.

—Tal vez decida conocer más a fondo su bella ciudad, comisario. Hasta pronto.

Dawson se encaminó hacia la puerta de salida.

Se cruzó con Jason Bottoms que acudía al despacho de su superior.

Ambos policías contemplaron como Monty Dawson abandonaba el edificio.

Dalton Wilder se despojó lentamente de sus gafas oscuras.

Sus ojos se mostraron portadores de un siniestro destello.

La voz del comisario sonó ronca.

—Creo que vamos a tener dificultades, Jason.

CAPÍTULO VI

No.

Aquella condenada muchacha era el mismo diablo.

Monty Dawson podía asegurarlo ya con toda certeza.

La joven, no alcanzaría los dieciocho años de edad, se movía en sensual danza frente a la máquina tocadiscos. Un baile deliberadamente provocativo. Dedicado descaradamente a Monty Dawson, que la contemplaba desde una de las mesas.

Eran los dos únicos clientes del *snack*.

El individuo del mostrador parecía ajeno al espectáculo de la muchacha.

La máquina enmudeció.

Fue entonces cuando la joven se aproximó a la mesa. Jadeante por el baile ejecutado en solitario. El sudor pegaba la tenue blusa a su busto. Modelándolo como una segunda piel. Resaltando sus túrgidos senos. Con todo detalle.

Sí.

Jóvenes como aquélla arruinaban las ventas de prendas íntimas.

—¿Tienes veinticinco centavos, forastero?

Dawson no controló una sonrisa.

Lo de «forastero» le recordó las viejas películas de Gary Cooper.

—No, nena.

—Entonces dame un dólar y lo cambiaré en caja. Voy a poner una placa de ritmo lento. Muy suave. Bailando a ritmo lento soy... fabulosa. ¿Qué más quieres por veinticinco cochinos centavos?

—No soy un *voyeur*.

La muchacha se acercó más.

La blusa, anudada bajo el busto y descubriendo la cintura, se entreabrió dejando ya muy poco para la imaginación.

—Mi nombre es Judith. Tengo diecisiete años recién cumplidos. Por cien dólares puedo ofrecerte...

—¡Judith!

La potente voz surgió desde la puerta de entrada al *snack*.

La muchacha dio un respingo.

Contempló la figura de Dalton Wilder recortada bajo el umbral.

—Hola, comisario. Estoy...

—¡Ven aquí!

La joven obedeció dócil.

Su brazo derecho fue atenazado rudamente por Dalton Wilder y arrastrada fuera del local.

Monty Dawson dirigió una mirada al empleado del mostrador en demanda de algún comentario, pero el individuo continuaba indiferente a todo.

El detective se encogió de hombros procediendo a terminar su vermut con ginebra.

Escuchó un estridente chirriar de frenos.

A los pocos segundos Samantha Lynley hacía su entrada en el local.

Acudiendo junto a Dawson.

—¿Hace mucho que me espera?

—Acabo de llegar. ¿Quieres tomar algo?

Samantha se sentó frente al detective.

—Sí... ¡Estoy sedienta!... El calor es sofocante... Una tónica. Sola. Sin ginebra.

Dawson hizo chasquear los dedos para llamar la atención del barman.

—¡Una tónica viuda!

—¿Cómo le ha ido con el comisario, Monty?

—¡Oh, bien! Mis relaciones con la policía siempre son cordiales. ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

—He dado con el hangar. Lo están desmantelando todo. Según he podido averiguar se suspende el rodaje por espacio de una semana en señal de duelo por la muerte de McGiver. Así lo ha dispuesto Joseph Mather. Dustin Rayfield, ayudante del difunto McGiver, se hará cargo de la dirección del film.

—¿Por qué desmantelar todo entonces?

Fue servida la tónica.

Samantha bebió antes de responder.

—El rodaje ya no seguirá en Gradysville. A fin de cuentas se trataba de un mero capricho sentimental de McGiver. En cualquier estudio cinematográfico de Hollywood pueden seguir. Y les resultará más económico. Actores y todo el equipo técnico se hospedaban en el hotel Stefanis. Ahora cada uno retornará a su hogar de Los Ángeles y se presentará a rodar en el día fijado. En Gradysville quedan ya muy pocos. Los actores principales y algún miembro del equipo técnico. Ahora, conocidas las órdenes de Mather y celebrado ya el funeral, preparan el regreso a Los Ángeles.

—¿En cuánto calcula el presupuesto de la película?

Samantha dudó.

—Lo ignoro. Elevado, desde luego. Máxime por la alta cotización de Sidney Rowan y Cynthia Hirlihy. También hay que contabilizar las escenas finales del film a rodar en Marruecos, España e Italia.

—Por muy elevado que sea ese presupuesto, ¿consideras lógico pagar una póliza que sube dos millones y medio de dólares?

—Hay una explicación lógica, Monty. Hace tres años se unieron Joseph Mather y Jerome McGiver para formar la Mather & McGiver-New

Film. La flamante productora realizó dos películas. Dos films de excelente calidad artística, pero terriblemente nefastas para la taquilla. La productora se resintió. Este último proyecto, «A blue sky», se lleva todo el capital. De ahí que decidieran jugar fuerte. Los mejores actores del momento, los más taquilleros, los mejores técnicos... y un sólido seguro que protegiera de cualquier desgracia que desembocaría irremisiblemente en quiebra total.

—Ya. La Bennet Company les cubre la espalda.

—A costa de elevada póliza.

—Sí, por supuesto. —Monty Dawson consultó la esfera de su reloj—. Bueno. Ya es hora de...

Se interrumpió.

Entornó los ojos contemplando al individuo que penetraba en el *snack* y, recorriendo la sala, se introducía tras una puerta señalizada con la indicación de «privado».

—¿Ocurre algo, Monty?

—No, nada. He visto a un viejo amigo. Oye, Samantha... pasa

por la oficina del comisario y retira unos informes que tiene para mí. Luego acude al hotel Stefanis. Allí nos encontraremos para almorzar, ¿de acuerdo?

—Pero...

—Obedece, pequeña.

Samantha asintió ahora en silencio. Se levantó encaminándose hacia la puerta.

El detective esperó a que la muchacha saliera del *snack*. Entonces se incorporó arrojando unos dólares sobre la mesa.

Avanzó hacia la puerta con el indicativo de «privado».

El indiferente barman sí reaccionó ahora.

—¡Eh, amigo!... Los servicios están al otro lado.

Monty Dawson alcanzó la puerta en dos zancadas. Haciendo caso omiso a las protestas del empleado empujó la hoja de madera penetrando en la estancia.

Un despacho de reducido mobiliario.

Sólo un individuo.

Tras una mesa escritorio.

Contemplando unas fotografías que de inmediato hizo desaparecer en el primer cajón.

—¿Qué significa...?

—Hola, Rudolph —sonrió Dawson desde el umbral—. ¿Ya no me recuerdas?

El hombre palideció.

Quedó inmóvil.

Como una figura de cera.

—¡Maldito sea! —el empleado del mostrador llegó furioso—. ¡Le advertí que no entrara! Voy a...

—Soy amigo del señor Carey —dijo Monty Dawson sin dejar de sonreír—. ¿No es cierto, Rudolph?

El individuo de la mesa reaccionó forzosamente. Hizo una seña al barman para que se retirara.

Dawson cerró entonces la puerta del despacho.

Se aproximó a la mesa.

Contemplando al todavía pálido individuo.

—¡Rudolph Carey!... ¡Qué pequeño es el mundo! No me sorprendería encontrarte en The Bowery neoyorquino, en los pestilentes *Stock Yards* de Chicago, en los barrios bajos de San

Francisco... en cualquier estercolero, menos en un villorrio como Gradysville. ¿Qué infiernos haces aquí, Rudolph?

Rudolph Carey frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro macilento. De aspecto enfermizo. Ojos hundidos. Pómulos muy salientes, destacando en aquel acartonado rostro. Su frente se había perlado de diminutas gotas de sudor. Forzó una sonrisa.

—Hola, Monty... También yo estoy sorprendido de verte aquí.

Dawson se apoyó en una de las esquinas de la mesa.

Frente al individuo.

—Estoy de paso.

—Yo... yo... me he establecido en Gradysville. He montado este pequeño negocio. Me he retirado de mis anteriores actividades.

Dawson agrandó los ojos.

Fingiendo asombro.

—¿De veras? ¡Te felicito, muchacho! Aquello no era sano.

—¿Sigues tú con... ellos?

Monty Dawson rió ahora en estridente carcajada.

—Tienes muy mala memoria, Rudolph. Cuando abandoné la organización tú eras uno de los jefes de zona. Se dio la orden de busca, captura y muerte de Monty Dawson. Tú participaste en la cacería.

—Yo no...

—Ya está olvidado, amigo Rudolph. De eso hace ya mucho tiempo. Unos ocho años, ¿no? Yo acababa de estrenar mi título de abogado. Joven, ambicioso y dispuesto a comerme el mundo. La Walston Products me ofreció un fabuloso empleo. A los pocos meses descubrí que estaba trabajando para el Sindicato del Crimen. Me largué con las manos un poco sucias, pero no enfangado. La organización dio orden de eliminarme. Es lo normal para miembros que abandonan el grupo. Conseguí despistar a los perros de presa. Un año, dos años, tres años... hasta que se olvidaron de mí. Al menos eso creo. Han comprobado que no me he ido de la lengua. Ése era el temor de ellos.

—Ya lo advertí, Monty. Traté de convencerles. Sabía que tú no eras un soplón.

—Seguro. Podía decir algo, pero, a la hora de demostrarlo... No, Rudolph. Era mejor tener la boca cerrada. Los negocios de la organización son todos muy «legales». ¿Cuándo te separaste de

ellos?

Carey dudó.

—Hace unos... tres años.

—Eras el jefe de uno de los distritos de Nueva York. Creo recordar que llevabas muchos años en la organización. Estabas al corriente de todos los trapos sucios del Sindicato.

—Mi separación fue amistosa. Estaba asqueado de todo aquello.

—Comprendo, comprendo... Eres sensible, de delicado estómago... Tu distrito era el «Bronx». Tu actividad se centraba en fomentar el vicio y la prostitución en los menores de edad. Tu departamento proporcionaba camada para viciosos forrados de dólares. Jovencitos y jovencitas.

Rudolph Carey tragó saliva.

El sudor se acentuó sobre su frente.

—Aquello ya pertenece al pasado, Monty.

—Me sorprende que ellos te hayan olvidado, Rudolph. No me lo explico. No es prudente olvidarse de los miembros destacados. Ni tan siquiera en separación amistosa. Si decides retirarte, ellos hacen que sea para siempre. Bajo tierra. En un buen ataúd.

—Conmigo hicieron una excepción. No obstante, como medida de prudencia, me he establecido en este pequeño pueblo.

Dawson chasqueó la lengua.

Moviendo de un lado a otro la cabeza.

—No has cambiado nada, Rudolph. El mismo embustero de siempre. Si ellos quisieran localizarte te encontrarían hasta en el mismísimo Valle de la Muerte. Sigues en la organización.

—Te equivocas. Ahora soy un honrado...

El movimiento de Monty Dawson fue rápido.

Se inclinó abriendo súbitamente el cajón de la mesa escritorio.

Rudolph Carey se abalanzó para impedirlo.

Lo único que logró fue recibir un trallazo en el rostro. La violencia del golpe le hizo dar una vuelta completa en el sillón giratorio. Comenzó a sangrar por la boca.

Dawson ya se había apoderado de las fotografías.

Sacudió la cabeza.

—¡Infiernos!

—¡Maldito seas, Monty! ¡No tienes derecho a...!

Dawson fue arrojando una a una las fotografías sobre la mesa.

Fotografías en color.

Más que pornográficas, asquerosas.

En una de ellas, descubrió a la muchacha que bailara poco antes frente a la máquina tocadiscos. La llamada Judith.

El detective silbó con admiración.

—Te has superado a ti mismo, Rudolph. Debo reconocerlo. Esto es algo que jamás...

Dawson se interrumpió.

Rudolph Carey había echado mano al abierto cajón para apoderarse de una automática «Magnum».

Con rapidez.

Enfiló el cañón hacia Dawson.

Dispuesto a apretar el gatillo.

Monty Dawson no dudó en aplicarle un severo golpe de karate.

Encima de los ojos.

El individuo se deslizó mansamente por el sillón sin proferir un solo gemido.

Dawson se aproximó para interesarse por su estado. Aquel golpe, *seidon* en el argot de los karatekas, podía originar la muerte.

Monty Dawson, dada la precipitación, no había controlado la violencia del impacto.

Sonrió.

Rudolph Carey estaba vivo.

El detective guardó una de las fotografías antes de encaminarse hacia la puerta.

Abandonó el *snack* silbando despreocupadamente el sempiterno Night and day de Sinatra.

CAPÍTULO VII

El salón-bar del hotel Stefanis estaba muy concurrido.

En su mayor parte por componentes del equipo de filmación de la

Mather & McGiver-New
Film.

Samantha Lynley, bella relaciones públicas, había hecho las oportunas presentaciones.

Sidney Rowan. Treinta y dos años de edad. Rostro atractivo. Varonil. Sin el amaneramiento de muchos divos de Hollywood. El actor sucesor del insustituible Rodolfo Valentino. Un buen actor con algo más que físico. Nominado para el Oscar.

Stuart Boone. Cuarenta años de edad. Un veterano de Hollywood que aún no había conseguido un primer papel. Él clásico actor secundario. Rostro característico de villano. Una mezcla de Jack Palance y Henry Silva.

—Me sorprendió la llamada de la
Mather & McGiver

—dijo Sidney Rowan aceptando el cigarrillo ofrecido por Dawson.

—¿Por qué? —inquirió el detective.

—La

Mather & McGiver-New

Film es una productora joven, aunque sus dos miembros fundadores son de reconocida valía. Tres años de funcionamiento. Con dos filmes de alto valor artístico y nulo económico. Yo soy un actor cotizado. Actualmente el número uno. No me considere pedante, Dawson. Reconozco que si hoy estoy en la cumbre, mañana puedo estar mendigando un papel de «extra». El mundo de Hollywood está podrido. De ahí que aprovecho mi buen momento. Exijo una

elevada cantidad para participar en una película. Estaba dispuesto, dada la categoría de Jerome McGiver como director cinematográfico a rebajar mi precio; pero no fue necesario. La Mather & McGiver-New

Film lira la casa por la ventana. Con «A blue sky» se lanza al más resonante éxito o se hunde definitivamente. No sé qué ocurrirá ahora con Dustin Rayfield como director. El rodaje estaba en más de su mitad.

Stuart Boone intervino en la conversación.

Después de vaciar el vaso de *whisky*.

—Será un éxito. Hemos conseguido publicidad. Mi nombre, aun llevando más de veinte años en el mundo del espectáculo, pasaba desapercibido. Ahora todos me conocen. «Stuart Boone, el actor que no sabía morir». Jerome McGiver tuvo que enseñarme.

—No seas macabro —recriminó Sidney Rowan—. Fue un lamentable accidente. Yo, que apreté el gatillo, me considero más culpable.

Monty Dawson dirigió una semicircular mirada por el local.

—¿Se encuentra aquí David Robertson?

—No. Está en Los Ángeles. Sufre una crisis de nervios. Puedo repetirle su declaración, Dawson —sonrió Rowan cansinamente—. Está convencido de haber extraído las seis balas del revólver de McGiver y colocado las de trucaje. Lo jura una y otra vez.

—¿Qué otra cosa puede decir? —ironizó Stuart Boone jugueteando con el vacío vaso—. Declarar lo contrario significaría homicidio por imprudencia. El comisario Wilder le hizo sudar durante los interrogatorios. El pobre Robertson firmó todo cuanto se le puso por delante y el caso quedó cerrado.

—El comisario le prometió que nada le pasaría.

—Es posible, Sidney; pero no me gustaría estar en el pellejo de Robertson. —Stuart Boone consultó su reloj—. ¿Me disculpan? Es la hora de mi medicina.

Boone se incorporó abandonando la mesa.

Seguido de la mirada de Sidney Rowan.

Marcadamente despectiva.

—Su medicina... Boone hubiera llegado muy alto de no ser por las drogas.

—¿Es adicto?

—Sí, Dawson. Hasta la médula. Su cuerpo es un colador. Ya ha tenido problemas con la policía, con los traficantes... Terminará mal.

El detective quedó en silencio.

Pensativo.

—¿Quiere formularme alguna otra pregunta? —se interesó Sidney Rowan.

—¿Cómo? Oh, no... Gracias, Rowan. Ha sido muy amable.

—Un placer. Igualmente el conocerla, señorita Lynley. Adiós.

En la mesa quedaron Dawson y Samantha.

El detective vació su *whisky*.

Permaneció con la mirada fija en el fondo del vaso.

—Esto no me gusta.

—¿No es legítimo escocés, Monty?

Dawson sonrió.

—Celebro que compartas mi sentido del humor, Samantha.

—Más que humor estoy harta de todo esto. Aquí tiene los papeles entregados por el comisario.

—Pueden quemarlos. Dudo que me sirvan de algo. El que Stuart Boone sea drogadicto es un detalle importante.

Samantha se reclinó en el asiento.

Ahogó un suspiro que hizo resaltar la turgencia de sus senos.

—No comprendo su investigación, Monty. Debo ser muy torpe.

—Tienes un cuerpo seductor, Samantha. Pedir inteligencia a tu linda cabecita sería demasiado.

—¡Eres un...!

—Adelante, nena —sonrió Dawson burlón—. ¿Ya nos tuteamos?

La muchacha se levantó furiosa.

—Me voy a almorzar.

El detective la imitó.

Hizo ademán de abonar las consumiciones, pero el camarero le informó que ya estaban cargadas a la cuenta de Sidney Rowan.

Se encaminaron al restaurante del hotel.

Dawson retuvo a la joven por el brazo.

—Me reuniré contigo enseguida, Samantha.

—¡Oh, no!... ¿Otra vez quedo sola?

—Cuestión de segundos. Voy a cruzar unas palabras con Boone. Algunos drogadictos deambulan por un Sendero peligroso. Los

distribuidores son desaprensivos. Hombres sin escrúpulos. Les gusta martirizar a los que caen en sus redes. E incluso matarles si les ocasionan problemas.

—¿Insinúas...?

—¿Por qué no? Si McGiver no interviene, la escena del filme hubiera terminado también trágicamente, aunque con víctima diferente. Tal vez planearon la muerte de Stuart Boone, pero la intromisión de McGiver le hizo ocupar su puesto y también su lugar en el Más Allá.

* * *

Monty Dawson golpeó la puerta por enésima vez.

—¡No te molestes, encanto! —dijo una voz femenina a su espalda—. Es la hora de meditación para Stuart. No te abrirá.

Dawson giró.

Enfrentándose con una de las diosas del Olimpo. Sí.

Cynthia Hirlihy podía rivalizar con la más bella de las diosas griegas.

Los ojos eran verdes, Rasgados. De intensa mirada. Los pómulos ligeramente salientes. La nariz perfecta. Los labios gordezuelos, aunque en tenue y sensual curva.

Lucía un deportivo conjunto *jean*.

Dawson la reconoció de inmediato.

¡No por las fotografías proporcionadas por Samantha!

La imagen de Cynthia Hirlihy era conocida en todos Estados Unidos. Y en la mayor parte del mundo.

El actual sex-symbol de Hollywood.

—Hola, Cynthia.

—Adiós, encanto —la mujer se alejó por el corredor. Su diestra jugueteaba con una llave. Una roja placa de plástico anunciaba el número de la habitación.

Monty Dawson se situó al lado de la star.

—¡No eres muy sociable!

—Los amigos de Stuart Boone no lo son míos.

—Yo no soy amigo de Boone.

Los verdes ojos de Cynthia se posaron en el detective. Éste se estremeció. Involuntariamente.

—Okay, encanto. ¿Qué quieres? ¿Un autógrafo?

Dawson le mostró la credencial.

—Investigador de la Bennett Company. Estoy trabajando en el caso Jerome McGiver.

Cynthia se detuvo frente a una de las puertas. Señalizada con el número cuatrocientos cuatro.

Dedicó una sonrisa a Dawson.

—Fea jugada la de McGiver, ¿eh, Monty? No pierdas más el tiempo. Comunica a tus jefes que paguen. Me desagradan las compañías de seguros.

—También a mí, pero en algo tengo que ganarme los garbanzos. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

Cynthia abrió la puerta de la habitación.

—Me disponía a almorzar. Tengo que cambiarme de ropa. Te concedo esos minutos.

Penetraron en la estancia.

Una confortable *suite*.

Sin duda una de las mejores del hotel.

—No te quedes ahí, Monty... ¿Eres tímido?

Cynthia había dejado atrás la pequeña antesala para abrir la puerta del dormitorio.

Dawson fue tras ella.

La mujer se despojó de la chaquetilla tejana arrojándola despreocupadamente sobre la cama.

Deslizó una de las puertas corredoras del descomunal armario para retirar uno de los vestidos.

Comenzó a desabotonar la blusa vaquera.

—¿Qué hay de tus preguntas, Monty?

Dawson contemplaba a la mujer con ojos vidriosos.

La blusa ya estaba sobre la alfombra.

—Lo lamento, Cynthia. Estoy con la mente en blanco. No. Más bien en verde.

La mujer rió divertida.

—Eres muy galante, Monty. ¿No has visto «Sterling»? En ese filme me paso el mayor tiempo desnuda.

—No es lo mismo —murmuró Dawson tragando saliva con dificultad—. No es lo mismo...

Cynthia estaba con un diminuto *slip* de negro encaje.

Se cubrió con el vestido camisero seleccionado en el armario. Acto seguido se sentó frente al tocador.

Monty Dawson encendió un cigarrillo.

Percibió las palmas de las manos, húmedas.

Y el pulso algo alterado.

—He leído tus declaraciones al comisario Wilder, Cynthia. Tú no entrabas en escena cuando ocurrió la muerte de McGiver, ¿verdad?

—¡No! En el «plato» sólo estaban Sidney Rowan y Stuart Boone

—comentó Cynthia, manipulando en los potingues del tocador—. Presencí todo desde detrás de las cámaras.

—¿Es ésa tu costumbre? ¿Contemplar las escenas en que no intervienes?

—Por supuesto que no, pero aquello era algo especial. Yo estaba en mi camerino del hangar. Me fue a avisar confidencialmente uno de los cameramans. Prometía ser divertido.

—¿El qué?

Cynthia contempló al detective mediante el espejo del tocador. Sonrió.

—Jerome McGiver había reprendido acaloradamente a Stuart. Creo que fue injusto. Stuart Boone no es un fuera de serie, pero si algo hace bien es precisamente caer del caballo, acrobáticos saltos en las peleas, espectaculares simulacros de muerte... Aunque debió hacer algo que no fue del gusto de McGiver. Éste tornó su lugar. Fue aquel detalle lo que impulsó al cameraman a llamarme. Prometía ser divertido ver a Jerome como actor. Es un magnífico director, pero actor... Sólo imaginar verle caer con su corpulencia ya resultaba jocoso. Desgraciadamente todo terminó en tragedia.

—Creí que cuando un actor lo hacía mal, se realizaba una segunda toma. Una tercera. McGiver sólo le dio una oportunidad. De inmediato ocupó su puesto.

—Tal vez Stuart fracasó en las anteriores tomas. De ahí que McGiver, molesto por los reiterados fallos, tomara su lugar.

—No. Sidney Rowan había disparado tres veces cuando McGiver ordenó cortar al escena. Al disparar los otros tres proyectiles, el último resultó ser mortal. Si se hubiera ensayado anteriormente la escena, no estaría esa bala en el cilindro.

—Tienes razón, aunque hay un registro de todas las tomas.

—Lástima no se hubiera filmado la muerte de McGiver.

—Se hizo.

Dawson arqueó las cejas.

Se aproximó a Cynthia visiblemente interesado.

—¿Quieres repetir eso?

—Fue idea mía. —Cynthia rió ahora en alegre carcajada—. Por descontado que McGiver dio la orden de suspender el rodaje mientras él saltaba al «plato»; pero yo susurré al cameraman que filmara con la intención de reírnos luego de la actuación de McGiver. Lógicamente no tuve ese macabro gusto.

—¿Cómo se llama el cameraman?

—Charley Parker. Es un muchacho muy agradable. Simpatizamos. Nadie se percató de que filmó la escena. Charley manipulaba en una de las cámaras auxiliares.

—¿Está en Gradysville?

—¿Charley? Supongo que sí, aunque ya ha dejado su habitación en el Stefanis. Le encontrarás ayudando a empacar el equipo del hangar.

—Gracias, Cynthia. Eres maravillosa. No olvidaré jamás esta entrevista. Puedes estar segura de ello. Jamás.

—Espero volver a verte, Monty.

—Seguro. Hasta pronto, Cynthia.

Monty Dawson se encaminó hacia la salida.

No.

No volvería a conversar con Cynthia.

La diosa de Hollywood tenía los minutos contados.

La muerte iba a cobrar la más bella de sus víctimas.

CAPÍTULO VIII

El armario quedaba a la izquierda del tocador.

Un descomunal mueble.

De doble hoja deslizante.

Ahora una sobre la otra.

Parte del vestuario allí almacenado resultaba visible.

Cynthia Hirlihy continuaba sentada frente al tocador.

No se percató de aquello.

Una mano.

Una mano blanquecina y nervuda que asomaba por entre los vestidos del armario.

Sigilosa.

No pudo evitar un leve sonido al tratar de apartar las perchas.

Un ruido perceptible para Cynthia.

La mujerladeó la cabeza desviando su mirada del espejo.

Lo que vio surgir del armario la dejó paralizada. Sin poder reaccionar. Muda de terror. Con las facciones pálidas y desencajadas. Los ojos desorbitados. Sin da crédito a la espeluznante escena.

—Cynthia... Cynthia...

La gutural voz del hombre hizo que Cynthia reaccionara levantándose del taburete.

Precipitadamente.

—No... no... no es posible... no...

El hombre rió.

Una risa ronca y deforme que acentuó el terror en la mujer.

—¿Por qué no, Cynthia? Tú eres mi favorita... no podía dejarte aquí... Eres mía...

Cynthia retrocedió.

El hombre le cerraba el paso hacia la puerta.

Avanzaba.

Hacia Cynthia.

Arrinconándola.

Las blanquecinas manos se tendieron hacia la mujer.

—Ven conmigo al Más Allá, Cynthia... te gustará aquello... te he reservado un buen lugar... te convertiré en la reina del Averno...

Cynthia comenzó a gritar.

Un desgarrador alarido que expresó todo su terror.

—Grita, Cynthia, grita... Las paredes de la habitación son aislantes. Nadie puede oírte. Sólo Satanás que espera tu llegada. Serás recibida con todos los honores.

Cynthia corrió hacia el balcón.

Desde allí sí se escucharían sus gritos de auxilio.

Alucinada, se precipitó para abrir la doble hoja que comunicaba con el pequeño balcón.

El hombre no trató de impedirlo.

Con inhumana carcajada contempló cómo Cynthia abría la puerta y corría hacia el exterior.

La vio tropezar.

En un obstáculo aparentemente invisible.

El choque, dado el impulso de la carrera, fue aparatoso... y trágico.

Cynthia trastabilló.

Trató de aferrarse a algún saliente.

De perder el equilibrio caería al vacío.

Todo fue muy rápido.

Fracción de segundo.

Un escalofriante alarido y luego el seco y macabro impacto del cuerpo al tomar contacto con el asfalto.

El hombre seguía riendo.

Se inclinó para evitar ser visto en el balcón. Avanzó. En su diestra apareció una navaja mexicana. Con ella cortó el invisible hilo de seda que había hecho tropezar a Cynthia.

Retrocedió con el cordón en la mano izquierda.

Del exterior le llegaron voces y gritos de alarma.

Sonrió al imaginar a los curiosos contemplando aterrorizados el destrozado cuerpo de Cynthia salpicando de rojo el asfalto.

CAPÍTULO IX

El comedor del hotel Stefanis se adornaba con un gigantesco mural de cristal coloreado. Recayente a la arbolada Shaw Avenue.

Muchos de los comensales ya habían abandonado la sala.

Joseph Mather y Sidney Rowan fueron de los primeros en terminar. En la mesa quedó la bella Stella Mather saboreando una copa de helado.

A poca distancia se encontraban Monte Dawson y Samantha Lynley.

También ultimando el almuerzo.

—¿Te has quedado con hambre, Monty?

Dawson encendió un cigarrillo.

Sonrió a Samantha.

—Estoy al máximo.

—Entonces deja de devorar con la mirada a la señorita Mather.

—¿Celosa, pequeña? —Dawson alargó sus manos para atenazar la zurda de la muchacha.

Samantha la retiró de inmediato.

—Sólo avergonzada. No es agradable ver como tu compañero babea contemplando a otra.

—Yo no...

Monty Dawson no terminó la frase.

Fugazmente la vio caer.

Pasó por la cristalera como una exhalación.

El desgarrador alarido se confundió con el siniestro choque contra el asfalto.

Se originó un gran revuelo en el comedor.

Sonaron gritos en el exterior.

Monty Dawson fue el primero en reaccionar.

Corrió hacia la salida abriéndose paso a empujones.

Junto a la entrada principal una mujer gritaba histérica. Contemplando aterrada el cuerpo que yacía sobre los escalones de mármol del porche.

Cynthia Hirlihy.

Con los brazos en cruz.

Sangrando por la boca, nariz y oídos.

—¡Avisen a una ambulancia! —gritó Dawson a los empleados del hotel que salían perplejos. Acto seguido se inclinó hacia Cynthia. La mujer entreabrió los ojos—. Cynthia... ¿Puedes oírme?

—Era... era... él... me quería llevar... al...

—¿Quién, Cynthia? ¡Responde! ¿Quién?

—El... desde... el Más Allá... quería...

—¡Su nombre, Cynthia! ¿Quién?

La voz de Cynthia se ahogó.

Dawson se inclinó aún más sobre la mujer.

Recibió su voz convertida en tenue susurro.

Sufrió un espasmo seguido de una bocanada de sangre.

Quedó inmóvil.

Con los ojos desorbitados.

Reflejando en ellos un indescriptible terror.

—¡Apártese de ella, Dawson! —ordenó súbitamente el comisario Wilder—. La ambulancia ya está al llegar.

El detective se levantó lentamente.

—Ya no es necesario.

Dalton Wilder no hizo ningún comentario.

Giró hacia su ayudante.

—Permanece aquí, Jason. Los curiosos que circulen. Usted sígame, Dawson.

El comisario penetró en el hotel.

Se detuvo en recepción para solicitar el duplicado de la habitación de Cynthia Hirlihy.

En compañía de Monty Dawson se introdujo en uno de los elevadores.

Pulsó el botón correspondiente a la cuarta planta.

—¿Le dijo algo, Dawson?

—No, comisario.

Los ojos de Dalton Wilder se posaron inquisitivos en el detective.

Ocultos por las oscuras gafas.

—¿De veras? Me pareció que le hablaba.

—Trató de hacerlo, pero sin conseguirlo. Sólo movió los labios. Abandonaron la cabina.

Dalton Wilder se disponía a introducir la llave en la cerradura correspondiente a la *suite* de Cynthia.

—No está cerrado con llave, comisario —advirtió Dawson.

Wilder hizo girar el pomo.

La puerta no cedió.

—Se equivoca, Dawson. Sí está cerrada.

—Hace aproximadamente unos treinta minutos hablé con Cynthia. Aquí. En su habitación. Ella quedó en el dormitorio y al salir yo, lógicamente no cerré con llave.

—Eso nada significa —el comisario abrió tras manipular con la llave—. Cynthia cerró después de su salida.

Cruzaron la antesala.

La puerta que conducía al dormitorio también estaba cerrada.

—Para aquí no hay llave. —Dalton Wilder retrocedió unos pasos —. Se utiliza un pasador. Haré saltar la puerta.

El violento patadón propinado por el comisario rompió el cierre.

Penetraron en la estancia.

Todo en orden.

Los dos hombres acudieron directamente al abierto ventanal.

—Estos balcones son condenadamente bajos, Dawson, Es fácil perder el equilibrio cuando se tiene una copa de más.

—Cynthia no tenía esa copa de más, comisario.

—No la tendría hace treinta minutos. Apuesto a que encontramos alguna botella de *whisky* en la habitación. No es la primera vez que Cynthia se presentaba algo, indispuesta al rodaje.

Dalton Wilder fue al mueble tocador.

Abrió los cajones.

Fue en la mesa de noche donde encontró una botella de «Wilde Turkey» a medio consumir.

—¡Aquí la tiene, Dawson! Ya le advertí... ¿qué diablos hace?

Monty Dawson se había inclinado en el suelo del balcón.

Pasó su diestra por los primeros barrotes del ventanal.

—Cynthia tropezó con algo. Me gustaría saber en qué.

—¿Tropezar?

—Sí, comisario. No perdió el equilibrio. Las piernas de Cynthia, poco más abajo de la rodilla, presentaban un fino surco. Como si hubiera tropezado con un hilo de nylon.

—¿Encuentra algo de eso ahí?

—No.

—¡Por supuesto que no! Esos trazos en las piernas pudo hacérselos a consecuencia de la caída. Al golpear con algo. O tal vez ya los tenía.

—Esperemos el resultado de la autopsia.

Wilder asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Apuesta a que se demuestra que Cynthia había ingerido grandes dosis de alcohol?

Monty Dawson fijó su mirada en el comisario.

Centrada en aquellas gafas de sol.

—No, comisario. Perdería la apuesta.

—¡Seguro! Límitese a los hechos. Cynthia Hirlihy en cerrada en la habitación, una botella semivacía... Un trágico accidente.

—Dos.

—¿Cómo?... Ah, sí Jerome McGiver y Cynthia Hirlihy. Gradysville se va a hacer tristemente popular. ¿También estaba Cynthia asegurada por la Bennett Company?

—Sólo con un millón de dólares.

—¡Infiernos!... Un duro golpe para su compañía, Dawson. La muerte de Cynthia no da motivo de investigación. Sólo la rutinaria. El suicidio queda descartado. A Cynthia le sonreía demasiado la vida para pensar en la muerte. Es el podrido mundo de Hollywood que cobra sus propias víctimas. Drogadictos, alcohólicos, inmorales...

—Yo no voy a cerrar tan fácilmente el caso, comisario.

—Lo comprendo. Debe justificar su sueldo en la Bennett Company, ¿no es cierto?

—Ahá.

—Voy a presenciar el levantamiento del cadáver, Dawson. Luego esta habitación será precintada. Le ruego no toque nada, aunque tampoco le prohíbo que husmee cuanto guste.

El comisario abandonó la estancia.

Monty Dawson quedó junto al balcón.

Con lento paso se aproximó a la mesa de noche dirigiendo una

fugaz mirada a la botella de *whisky*.

Inspeccionó luego la sala de baño.

Retornó al dormitorio.

Sobre la alfombra aún se veía el conjunto *jean*.

Una de las hojas del armario abierta.

Todo igual.

El mismo escenario que dejó después de hablar con Cynthia.

Sólo que ahora Cynthia Hirlihy estaba muerta.

El ayudante del comisario hizo su aparición.

Jason Bottoms quedó bajo el umbral de entrada al dormitorio.

Contemplando a Monty Dawson con despectiva mirada.

—¿Ya ha terminado, Dawson?

El detective no se dignó a responder.

Abandonó la *suite*.

En el corredor le esperaba Samantha.

Pálida.

—Monty...

Dawson rodeó los hombros femeninos.

Penetraron en el elevador iniciando el descenso.

—Esto se complica, ¿verdad, pequeña?

—Ha sido algo horrible, Monty. Pobre Cynthia... He oído los comentarios del comisario cuando retiraban el cadáver. Asegura que Cynthia estaba ebria.

—El muy bastardo...

Samantha agrandó los ojos.

—¿No es cierto?

—No, Samantha. No es verdad —murmuró Dawson con fría voz

—. Cynthia fue asesinada. Ella misma delató a su asesino antes de morir. Fueron sus últimas palabras. En un susurro de agonía que yo recogí.

—Asesinada... eso es absurdo... El comisario dice...

—Más absurdo es el nombre pronunciado por Cynthia para señalar a su asesino.

—¿Quién es?

Dawson tragó saliva antes de responder.

—McGiver. Jerome McGiver.

CAPÍTULO X

—Cynthia deliraba, Monty. Ésa es la única explicación lógica.

Dawson giró el volante abandonando la arbolada avenida.

—¿Era alcohólica?

—Pues... no la considero así, Monty; pero sí tiene organizados escándalos en su *bungalow* de Beverly Hills. Con relativa frecuencia, aunque siempre fuera del rodaje. Era una buena profesional.

—Cuando yo la dejé se preparaba para bajar a almorzar. ¿Crees que era el momento apropiado para emborracharse? ¡No, maldita sea!

—¿No creerás que fue... Jerome McGiver quien la empujó por el balcón?

—Ella pronunció ese nombre. Habló de que quería llevarla al Más Allá.

—Deliraba, Monty. La puerta de entrada a la *suite* cerrada con llave, la del dormitorio con el cierre... ¿cómo pudo salir el supuesto asesino?

—Filtrándose por las paredes. ¿Olvidas que el asesino está muerto? Es un fantasma.

—¡No me gustan tus bromas, Monty!

Dawson profirió una soez maldición.

Se pasó el dorso de la mano por la frente.

—No estoy bromeando, pequeña. Todo esto es muy extraño. Diabólico. Jerome McGiver está muerto. El forense le hizo la autopsia, yo vi las fotografías, la mortal herida del pecho... No estaban trucadas. No soy un novato.

—Tal vez Cynthia creyó ver a Jerome McGiver.

—¿Qué quieres decir?

Samantha esbozó una débil sonrisa.

—Quasimodo, Frankenstein, The
wolf-man...

El mundo del cine, Monty. Un buen técnico en maquillaje y caracterización convertiría a Robert Redford en el más repulsivo de los monstruos.

Dawson asintió.

Con la mirada fija en el parabrisas.

—Sí... Es una buena hipótesis. Un fulano caracterizado como el difunto McGiver. Aterroriza a Cynthia obligándola a retroceder hacia el ventanal. Allí la empuja o la hace tropezar con algo previamente colocado.

—Sólo queda saber cómo logró entrar y salir del dormitorio.

—Una entrada camuflada. Las habitaciones contiguas corresponden al matrimonio Mather. En el otro lado la de Sidney Rowan.

—Ya. Y sospechas de los Mather.

—Joseph Mather es el más interesado. Recibirá el seguro de McGiver y ahora el de Cynthia. Un millón y medio de dólares. ¿Sacaría eso en la explotación comercial de «A blue sky»?

—Sí, Monty. Incluso más. Era un buen tema romántico, con intriga, los primeros actores del momento, un buen director...

—Tengo noticias de películas que presagiaban un fabuloso éxito y resultaron ruinosas. Películas dé millones de dólares que apenas cubrieron gastos.

—Cierto. El público decide. «A blue sky» aventuraba un fabuloso éxito, pero también podía ser un fracaso.

—Puede que Joseph Mather no quiera correr ese riesgo. Sus dos filmes anteriores fueron fracasos. Con el seguro de la Bennett Company se pondría a flote.

—¿Matando a McGiver y Cynthia? ¡Es absurdo! ¡Diabólicamente ridículo!

—Aún queda Sidney Rowan.

—¡Oh, Monty!... Tienes la mente de un detective de novela policiaca.

El «Corvette» había recorrido gran parte de Gradysville.

Ya circulaba por las afueras de la población.

Divisaron el hangar.

Circulando por una empalizada. Junto a la entrada un cartel

anunciaba los estudios cinematográficos de la
Mather & McGiver-New
Film.

—¿Qué buscas aquí, Monty?

Dawson no respondió.

El auto pasó bajo el arco de la empalizada. No había nadie en la existente caseta de guardia.

Un tráiler y cuatro furgonetas parecían dispuestos para la marcha.

Varios individuos cargando en los vehículos.

Monty Dawson estacionó frente a la entrada principal del hangar.

—¡Eh, amigo! —gritó a uno de los que salían en aquel momento—. ¿Dónde puedo encontrar a Charley Parker?

—Dentro. Posiblemente en el almacén número cuatro.

El detective descendió del «Corvette» siendo imitado por Samantha.

—El almacén número cuatro es el de los cameramans. Yo te guiaré, Monty.

Se adentraron en el hangar.

Todo estaba siendo desmantelado.

El almacén número cuatro resultó ser una amplia sala dividida en departamentos.

Un individuo de pelo rojizo empacaba unos rollos de película.

—¿Charley Parker?

—Sí...

—Soy Monty Dawson, detective de la Bennett Company. Cynthia me habló de usted poco antes del trágico accidente.

Parker era un individuo joven.

Su rostro se ensombreció.

—Aún no puedo creer que esté muerta... Me dieron la noticia hace apenas una hora... No, no puedo creerlo... Está maldita ciudad está endemoniada. McGiver, Cynthia...

—De algo relacionado con Jerome McGiver quería hablarte, Parker —dijo Dawson—. Cynthia me comentó que filmaron su actuación. Cuando tomó el puesto de Stuart Boone.

—Sí. Fue idea de Cynthia. Imaginó que resultaría divertido.

—¿Podría pasarme esa cinta?

—¿Ahora? No, lo lamento. Quiero salir cuanto antes de Gradysville. Aún me falta por empacar muchas cosas y...

—Es importante, Parker. Estoy investigando las muertes de McGiver y Cynthia. Ver esa filmación me sería de gran ayuda.

—¿Investigando?

—¡Eso he dicho, Parker!

Charley Parker dudó unos instantes.

Movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo. Sígueme. Tengo un proyector aún sin empacar. En cuanto a la cinta... Después de lo ocurrido a McGiver no volví a recordarla. Espere aquí.

Estaban en una sala de pruebas.

Un proyector, unas butacas y una pantalla mural.

Tomaron asiento cuando Charley Parker regresó portando un rollo de película. Colocó la cinta en el proyector y apagó las luces de la sala.

—Es un rollo de pruebas... inservible... Yo no filmaba cuando McGiver entró en el «plato». La cámara principal quedó inmóvil, pero yo filmé para complacer a Cynthia. Ahora... ahora empieza...

En efecto.

Después del pase de una serie de escenas apareció Jerome McGiver gesticulando a Stuart Boone. Le arrebató el revólver. Siguió dando instrucciones y braceando. Dejó el revólver en uno de los muélales. Sobre una mesa escritorio. Volvió a vociferar a Boone.

Parker había seguido los movimientos de Jerome McGiver.

En uno de los enfoques tomó nuevamente la mesa escritorio.

El revólver ya no estaba sobre la tabla.

—¡Un momento! —exclamó Dawson—. ¡Para la imagen, Parker!

Charley Parker obedeció.

—¿Ocurre algo?

—Retrocede... hasta enfocar la mesa escritorio.

Fijó la imagen.

—McGiver dejó ahí el revólver —comentó Dawson—. ¿Dónde está ahora?

—Pues... no sé —respondió Parker perplejo—. Filmé la escena en vivo. Sin interrupciones.

—Siga, Parker.

El proyector entró en funcionamiento.

En pantalla Jerome McGiver y Sidney Rowan. Este último acude a la mesa escritorio para tomar el arma.

—¡Diablos! —Casi gritó Parker—. ¡El revólver está ahí!

Dawson no hizo ningún comentario.

Siguió contemplando la filmación.

McGiver y Rowan se separan unos pasos. El actor aprieta el gatillo. Tres veces. Los dos primeros impactos son recibidos por McGiver con nulas dotes interpretativas. El tercero, sí.

En el tercer proyectil, Jerome McGiver desencaja el rostro en una mueca de dolor llevándose ambas manos al pecho y cayendo aparatosamente.

—Aquí empezamos todos a aplaudir —dijo Parker—. McGiver cayó con mucho efecto. Ahora se acerca Sidney, Cynthia... Se percatan por sus gestos que está realmente herido. Se organizó un gran revuelo. Yo, por supuesto, corté la filmación.

Sí.

La cinta ya se había interrumpido.

Parker encendió las luces.

—La desaparición del revólver... tal vez Robertson, el técnico, lo retiró momentáneamente para revisarlo.

—No tuvo tiempo, Parker. Filmó sin interrupciones, ¿no? La desaparición y posterior vuelta del revólver fue cuestión de segundos.

—Sí, cierto...

—¿Quiénes presenciaron la escena?

—Pues... el cameraman principal, su ayudante, los de sonido...

—¿Alguien ajeno a la filmación?

—No. Bueno, se encontraba presente el matrimonio Mather.

—Gracias, Parker. Gracias por todo.

El detective y Samantha se encaminaron hacia la salida.

No intercambiaron comentario alguno hasta estar acomodados en el interior del «Corvette».

Los grises ojos de Dawson habían adquirido un extraño brillo.

—Ya tengo un punto de apoyo, Samantha.

La muchacha se mostró escéptica.

—Eres demasiado optimista. En fracción de segundos nadie puede quitar unas balas trucadas e introducir una verdadera procurando que quede en último lugar. Sólo así se sospecharía de

un descuido de Robertson.

—Cierto. Es imposible.

—¿Qué explicación encuentras?

Dawson sonrió.

—Alguien sustituyó el revólver dejado por McGiver en la mesa por otro. Con una mortífera bala en su interior. Eso sí puede hacerse en un abrir y cerrar de ojos. No hubo cambio de balas, sino de revólver.

CAPÍTULO XI

Los Mather, Sidney Rowan, Stuart Boone... todos habían abandonado Gradysville como alma que lleva el diablo.

Un pueblo maldito.

Al menos para la

Mather & McGiver-New
Film.

El «Corvette» conducido por Monty Dawson se adentraba ya en la populosa ciudad de Los Ángeles.

Coincidieron con la llegada de la noche.

—Va a ser uno de los funerales más llorados de Hollywood, Monty. Cynthia estaba en la plenitud de su carrera. Apuesto a que mañana, si las autoridades de Gradysville autorizan ya el traslado del cadáver, una caravana de vehículos escoltarán a Cynthia Hirlihy.

Dawson no hizo ningún comentario.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero del salpicadero.

Dirigió una fugaz mirada a Samantha.

—¿Qué me dices de la crónica en directo de Gene Rossen?

En él bello rostro de Samantha se dibujó un mohín de disgusto.

—Rossen es un bastardo.

—Okay. ¿Y sus comentarios?

—Ciertos. Desgraciadamente exactos. La muerte de McGiver y Cynthia proporcionarán una macabra publicidad a «A blue sky». El público se volcará morbosamente para contemplar la última intervención de Cynthia. La película estaba bastante avanzada. Se buscará una doble para Cynthia. Gene Rossen es un sensacionalista, pero es el que mejor conoce el mundo de Hollywood. Aseguró que «A blue sky» doblaría ahora su posible rentabilidad. Rossen jamás se

equivoca. La última dirección de McGiver, el ocaso de Cynthia... Sí. El morbo del público se pondrá de manifiesto.

El auto ya circulaba por las proximidades al Farmens Market.

Se detuvo ante un obligado *stop*.

—Otra pregunta, Samantha..., ¿cuántos beneficios puede dejar un filme porno?

La muchacha parpadeó.

Recuperada de la sorpresa dejó escapar una carcajada.

—No hay duda de que tienes la mente sucia, Monty. Lo tuyo ya es de psiquiatría.

Dawson alargó el brazo derecho.

Súbitamente.

Atrapó a Samantha por los hombros besándola en la boca.

La joven, todavía con la sonrisa en los labios, fue incapaz de reaccionar.

El claxon de los vehículos situados detrás Obligaron a Dawson a soltar a la muchacha para reanudar la marcha.

—Eres... eres...

—Tranquila, Samantha. Fue tu comentario el que me impulsó. Mi pregunta sobre el cine porno era inocente. Relacionada con mi investigación. No me refiero a cintas porno de baja calidad, sino a algo más... refinado. Recuerdo hace algunos años que el Sindicato del Crimen patrocinó unos filmes porno-sádicos con el aliciente de que las víctimas eran realmente sacrificadas ante las cámaras. Esos filmes se cotizaban a precios fabulosos entre los hijos de perra con dólares. ¿Cómo está ahora el mercado porno?

—Sólo te puedo hablar del que se comercializa en salas especiales. Todo es basura.

—¿Incluso los que cuentan con un buen director?

—¡Oh, Monty!... ¿Qué buen director cinematográfico se dedica al porno? Tú me hablas de pornografía, ¿no? Hay películas marcadamente eróticas que...

—No, Samantha. Porno. De altas dosis. Con jovencitas.

—Está prohibida la filmación de porno con menores. Al menos en salas comerciales. Incluso señalándolas con una triple «X». Creo recordar que en 1972 se estrenó «Deep throat». La historia de una mujer muy especial. El éxito fue fabuloso. Con un coste de veinticuatro mil dólares sobrepasaron los seis millones de

beneficios. Es una excepción. Los restantes filmes porno, en cinta de 16 mm.

y con tan sólo una cama por decorado, suelen proporcionar pequeños beneficios. ¿Por qué ese interés en el tema, Monty? ¿Qué posible relación puede tener con tus investigaciones?

—Olvídalo. Tal vez tengas razón. Tengo la mente algo sucia. ¿Cenamos juntos?

Samantha ahogó un suspiro.

—Ha sido un día intenso. Pródigo en emociones. No estoy acostumbrada. Mis días en la Bennett Company son más bien rutinarios. Es preferible que me retire a mi apartamento.

—¿Vives sola?

—Sí.

—Magnífico. Cenaremos en tu apartamento.

—No, Monty. Ya te lo he dicho. Demasiadas emociones por hoy. Tampoco tengo apetito.

—Un sandwich con cerveza negra. ¿Qué te parece? Conozco un... un local fabuloso. Luego te dejaré en tu apartamento y podrás descansar. ¿De acuerdo?

—¿Está muy lejos el tugurio?

Dawson rió divertido.

—Eres deliciosa, Samantha. Afortunadamente nuestro encuentro es temporal. Terminaría por enamorarme de ti.

—¿Eso es malo?

—Depende. ¿Eres una woman-lib? ¿Estarías dispuesta a vivir conmigo sin prejuicios? ¿Odis el matrimonio?

—Soy mujer, me entusiasma la idea del matrimonio.

—Entonces, y respondiendo a la pregunta, es malo enamorarme de ti.

El trayecto se prolongó unos quince minutos.

El «Corvette» circulaba ahora por una zona poco iluminada. Los anuncios de neón eran más escasos. Las casas más viejas.

—¿Dónde estamos, Monty?

—Barrio Ritt. Una de las zonas más pintorescas de Los Ángeles.

—No me gusta.

—Espera a ver El Abrevadero. Su propietario es un mexicano muy simpático. Hace tiempo que no nos vemos, pero sin duda recordará que mi reservado favorito es el número siete.

—Ahora me gusta menos.

—La alta sociedad de Los Ángeles frecuenta El Abrevadero, Samantha. Fíjate en los coches aparcados. Ocupan ambos lados de la calle. Sus propietarios están en El Abrevadero. Maldita sea... No han dejado sitio para nosotros.

—¿Por qué no volvemos al centro? Hay infinidad de *snacks* donde tomar...

—¡Ninguno como El Abrevadero!

Dawson hizo girar el volante.

Estacionó en una callejuela sin salida.

Descendió del «Corvette» abriendo la portezuela correspondiente a Samantha.

—Cinco minutos de paseo y...

Monty Dawson se interrumpió ante el estridente chirriar de un auto que se situó taponando la callejuela.

Era un viejo «Mercury» color negro.

Un «Marauder» ya con varios años de rodaje.

Cuatro individuos saltaron del vehículo.

Cuatro melenudos.

Corlados por un mismo patrón.

De unos veinticinco años de edad. Rostro caballuno. Chaquetillas de cuero. Descoloridos pantalones *jean*. Botas de grueso tacón.

—¡Eh, Sammy! —gritó uno de ellos—. ¡Mira eso! ¡Nos han quitado nuestro lugar de aparcamiento!

El llamado Sammy sacudió la cabeza.

Fingiéndose asombro.

—No puedo creerlo...

—Hay que darle un escarmiento, Sammy. ¡Fíjate que «Corvette»! Debe ser uno de esos bastardos forrados de dólares. Un auténtico hijo de furcia.

—Seguro, Donald, seguro.

Monty Dawson, que permanecía con la portezuela entreabierta, la cerró nuevamente.

—No te muevas de aquí, Samantha.

Se adelantó unos pasos.

Al encuentro de los cuatro melenudos.

—¿Qué ocurre, muchachos?

—¡Ése es nuestro lugar de aparcamiento! —exclamó uno de los individuos acentuando sus saltones ojos.

—Es zona prohibida.

—Precisamente por eso, bastardo. Nos gusta estacionar en sitio prohibido.

Dawson se encogió de hombros.

—Correcto. Quitar vuestro cacharro y podré salir.

—¿Nuestro cacharro? —Sammy volvió a parpadear incrédulo—. ¡Esto ya es demasiado! ¡Vamos a darle una lección!

Los cuatro melenudos iban bien preparados.

Tres de ellos sacaron unas cadenas de hierro.

Sammy se limitó a acoplarse en la diestra unos nudillos de acero.

—Está bien, muchachos. —Dawson alzó las manos pacificador—. Retiro lo de cacharro.

—¿Nos pides perdón?

—Eso es.

—Tipo cobarde, ¿eh? —rió Ojos Saltones despectivo—. No mereces que esa preciosa chica te acompañe.

Estaría mejor con nosotros. Nosotros somos hombres. Le daremos un trato especial a tu muñeca. Tú te largas y ella se queda, ¿de acuerdo?

Monty Dawson entornó los ojos.

Esbozó una fría sonrisa.

—Empiezo a comprender... No sois vulgares provocadores. Os han encomendado el trabajo, ¿verdad? ¿Quién os paga?

Donald dirigió una mirada a la izquierda y derecha.

—Estamos perdiendo mucho tiempo, compañeros. ¡Vamos a darle una paliza y luego a disfrutar de la chica!

—No nos paga nadie, bastardo —dijo Sammy acariciando los nudillos de acero—. Esto es nuestro *hobby*. ¡A por él, muchachos!

Los cuatro melenudos conocían su oficio.

Rodearon a Dawson.

Cercándole.

Haciendo oscilar las cadenas.

Ojos Saltones hizo un amago para que su compañero Donald descargara la cadena sobre el detective.

Monty Dawson no se dejó sorprender.

Ignoró a Ojos Saltones.

Saltó hacia adelante. Esquivando el golpe de Donald y aprovechando para atizar un brutal patadón al bajo vientre de Sammy. Éste se dobló con el rostro desencajado. Juntó las manos sobre la parte dolorida. Sin despojarse de los nudillos de acero.

Dawson había girado acrobáticamente.

Con el pie izquierdo ejecutó un «golpe de talón» de perfecto karateka. Al hígado de Ojos Saltones. Un violento impacto que hizo rodar al melenudo.

Donald y el otro individuo no quedaron inactivos.

Incluso entrecruzaron sus cadenas al caer salvajemente sobre Dawson.

El detective adivinó el golpe. Se inclinó protegiendo la cabeza con los brazos, aunque no lo suficiente como para evitar el trallazo. Infinitas luces multicolores se asomaron ante Dawson.

Oyó gritar a Samantha.

Y también la voz de Sammy retorciéndose en el suelo.

—¡Machacarle!... ¡Acabar con él!... ¡Aplastar a ese bastardo!

Dawson logró atrapar una de las cadenas.

Tiró con fuerza.

Al otro lado el melenudo.

Su rostro chocó contra la cabeza de Dawson.

El individuo comenzó a escupir dientes y sangre por la boca y nariz.

Un grito de dolor brotó súbitamente de Dawson.

La cadena había golpeado su costado izquierdo.

Un lacerante dolor que le cortó la respiración.

—¡Bien, Donald! —Sammy se incorporó con dificultad—. ¡Ya es nuestro!

Sammy extendió su diestra.

Con los demoledores nudillos de acero.

Monty Dawson esquivó milagrosamente el impacto. Casi a ciegas, con la palma de la mano derecha en posición «teगतana», alcanzó de lleno a Sammy. Acto seguido se dejó caer girando sobre sí.

La cadena golpeó en el asfalto.

Dawson no le dio oportunidad de rectificar.

Dos consecutivos trallazos hicieron perder el conocimiento a

Donald.

Ojos Saltones, el único que se mantenía en pie, inició vergonzosa y prudente huida.

Sammy gateaba incapaz de incorporarse.

El detective le atrapó por la chaquetilla de cuero.

—Puedes oírme, ¿verdad, Sammy?... ¿Quién ordenó hacer el trabajo?

—No sé... no sé... de qué me habla...

Dawson sonrió.

Se acopló los nudillos de acero que estaban junto al melenudo.

Aproximó el puño al rostro de Sammy.

—Apuesto a que tienes éxito con las chicas, Sammy. Cuando termine contigo ni tu madre te mirará a la cara. ¿Quién os contrató?

—Yo no...

Dawson proyectó el puño.

Sin violencia, aunque lo suficiente para partir los labios de Sammy y hacerle bailar todos los dientes.

—¿Quién dices?

—No sé su nombre...

—¡Mientes, Sammy! ¿Desde dónde nos sigues?

—Desde Gradysville...

—¿Un fulano de Gradysville os contrató? Sois de allí vosotros, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Y conoces el nombre del fulano? Te daré otro repaso para refrescar la memoria.

El detective levantó el puño.

—¡No!... ¡Fue Dalton Wilder!... El comisario de Gradysville... El nos ordenó que te diéramos una paliza. Sólo eso. Un castigo que te dejara una semana hospitalizado.

Dawson volvió a sonreír.

Le soltó un trallazo con la zurda. Sin nudillos de acero. Lo justo para que la cabeza de Sammy rebotara en el asfalto y quedara inconsciente.

Samantha había descendido del auto.

Contemplaba estupefacta a Dawson.

—Hemos terminado bien el día, ¿eh, pequeña?

Samantha reaccionó.

—Santo Dios... Ha sido horrible... ¡Estás sangrando!

Monty Dawson se abrió la chaqueta.

Un surco sanguinolento se había dibujado en su costado izquierdo.

—No es nada, aunque sí doloroso. Creo que no estoy presentable para El Abrevadero.

—Te llevaré a mi apartamento. Hay que limpiar esa herida de inmediato.

—Hazte cargo del volante, Samantha. Yo apartaré el «Mercury».

La muchacha se introdujo en el «Corvette» mientras que el detective quitaba el vehículo que obstaculizaba la salida del callejón.

Acto seguido se acomodó junto a Samantha.

Se reclinó en el asiento cerrando los ojos.

Le pareció que tan sólo habían transcurrido unos segundos cuando comprobó que ya se encontraban en el centro de Los Ángeles.

—Aquí es, Monty. ¿Puedes andar?

—Lo intentaré...

Dawson se apoyó en la joven.

Penetraron en un edificio de Grant Street.

Poco más tarde Samantha abrió la puerta de su apartamento.

Una de las puertas del corredor correspondía al dormitorio.

—Voy a limpiar esa herida, Monty. Quítate la ropa y tiéndete sobre la cama.

—¿Tienes *whisky*, Samantha?

—Alcohol. Es lo mejor.

—¿Y *brandy*? ¡Algo para beber!

—¿Quieres una tónica?

—Olvídalo.

Dawson se despojó de la chaqueta y el jersey.

Se tumbó sobre el lecho.

Entornó los ojos.

El comisario Wilder...

Interesante.

Muy interesante.

El retorno de Samantha rompió el hilo de sus pensamientos.

Procedió a lavar la herida.

—Puedes tener una costilla rota, Monty. Creo que sería preferible llamar a un médico.

—Nadie mejor que tú para cuidarme, nena.

—Las manos quietas, Monty... Por favor, no...

Dawson había atrapado la cintura femenina atrayéndola contra sí. Reclinó a la muchacha contra su pecho.

—Tus labios son la mejor medicina...

—Monty, no...

Los labios de Dawson acallaban las protestas de la joven.

No.

Efectivamente, no tenía ninguna costilla rota.

CAPÍTULO XII

El teléfono sonaba con insistencia.

Monty Dawson se movió en el lecho.

—Samantha... están llamando... ¡Samantha!...

Dawson entreabrió los ojos.

Se percató de que estaba solo en la estancia.

La claridad de un nuevo día iluminaba con fuerza la habitación.

—¡Eh, Samantha!... ¿Contesto yo?

Al no recibir respuesta alargó su mano derecha hacia el teléfono situado sobre la mesa de noche.

Atrapó el micro.

—¿Sí?

—¡Maldito sea, Dawson!... ¡Debí imaginarlo!... Sucio hijo de perra...

El detective sonrió.

Reconoció la voz y el refinado vocabulario de James Bennett.

—¿Qué hay, jefe? ¿Cómo ha dado conmigo?

—Estoy aquí, Dawson. ¡En Los Ángeles! En la sucursal. He tratado de localizarle en el hotel Continental, en Gradysville... hasta que recordé que tenía como colaboradora a una mujer. Tomar el teléfono de Samantha Lynley y dar con usted era lo lógico. ¿Sabe una cosa, Dawson?

—Que estoy despedido.

James Bennett resopló a través del hilo.

—Correcto. Al igual que la señorita Lynley.

—Lástima. Iba a ahorrarle el millón y medio de las pólizas.

—¿Millón y medio? —Bennett rió agriamente—. Debí suponerlo. Ni tan siquiera está al corriente de los hechos. ¡Buen investigador de la Bennett Company! El asunto de la

Mather & McGiver-New

Film entra ya en el capítulo de leyenda y maldición de brujas. Una maldición. Eso es. Una auténtica maldición.

—¿Qué quiere decir?

—¡Maldita sea!... ¡Esto es inaudito! ¿Ni tan siquiera ha leído los periódicos de hoy?

—Acabo de despertar, jefe.

—Va a estar mucho tiempo sin trabajo, Dawson. Haré que no ejerza en todo el estado de California. Pregonaré su negligencia y...

—¿Qué ha ocurrido? —interrumpió Dawson.

—Sidney Rowan. ¡Muerto! Mientras conducía su «Mustang» por la autopista que lleva a Los Ángeles. La noticia fue difundida anoche por todos los canales de televisión. Sidney Rowan salió de Gradysville, pero no llegó con vida a Los Ángeles.

—¿Cómo fue?

—Un accidente de auto. Uno más. ¿Importa eso ahora? Se salió de la autopista y volcó incendiándose el vehículo. Según testigos conducía a más de 150 kilómetros por hora. McGiver, Cynthia, Rowan... Es mi ruina.

—Oiga, jefe. Tengo sospechas de que...

El detective fue interrumpido por una sarcástica carcajada.

—Seguro. Tiene un sospechoso, ¿eh, muchacho? ¿Joseph Mather?

—Ahá.

—Magnífico, Dawson. Es un tipo inteligente, pero ocurre que Joseph Mather, al recibir anoche la noticia de la muerte de Sidney Rowan, sufrió un ataque al corazón. Era propenso a ello.

—¿Está...?

—Sí, Dawson. Su sospechoso está muerto. ¿Le sirve esa coartada?

—Yo no...

—¡Al diablo con usted...! ¡Investigador!

James Bennett cortó la comunicación.

Monty Dawson quedó con el auricular en la mano.

Así le sorprendió la llegada de Samantha.

La muchacha entró precipitadamente. Arrojó unos paquetes sobre la cama. Junto con varios periódicos.

—¡Ha ocurrido algo horrible, Monty!

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—James Bennett me ha informado telefónicamente.

—¿Ha llamado a aquí?

—Sí, pero no te preocupes por los comentarios que puedan hacer en la oficina. Te han despedido.

Samantha se encogió de hombros.

—No me importa. Te he comprado ropa, Monty. Una chaqueta *sport*, pantalones, camisa... y una botella de «Johnnie Walker».

—Eres maravillosa, aunque ahora prefiero una taza de Café. Muy cargado.

—Lo prepararé al momento.

La muchacha abandonó la estancia.

Monty Dawson pasó al contiguo cuarto de baño. Después de una ducha fría procedió a vestirse. Con alguna dificultad. No olvidó su revólver depositado sobre la mesa de noche.

Guiado por el sonido descubrió la cocina, Samantha ya tenía dispuesto el café.

—¿También te han despedido a ti, Monty?

—Ahá.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Continuar. Jamás he dejado un caso sin resolver. Luego sí abandonaré definitivamente la Bennett Company. Trabajaré por mi cuenta. ¿Quieres un puesto de secretaria?

—¿Hay posibilidad de casarse con el jefe?

Los dos rieron.

Dawson vació la taza de café.

Levantó la barbilla de Samantha para depositar un beso en sus labios.

—Esta noche cenaremos juntos, ¿de acuerdo?

—¿Adónde vas, Monty? ¿No puedo acompañarte?

—No, pequeña —la voz del detective se endureció—. Tengo que hacer una visita de cumplido. Quiero felicitar personalmente al asesino por el buen trabajo realizado.

CAPÍTULO XIII

Monty Dawson hizo una breve inclinación de cabeza.

—Gracias por recibirme, señora Mather. Su mayordomo ya me advirtió que 110 recibía visitas. Comprendo que no es el momento oportuno, pero si insistí fue...

—Dijo tener algo importante que comunicarme —interrumpió la mujer con fría voz—. ¿Se trata de la Bennett Company? El propio señor Bennett me citó dentro de cinco días en sus oficinas.

Dawson encendió un cigarrillo.

Dirigió una amplia mirada por el lujoso despacho.

—Usted es ahora la beneficiaria de las pólizas, ¿verdad?

—Mi difunto marido creó la productora con mi ayuda. Nuestros bienes eran mutuos. Así se hace constar en los apartados del seguro.

—Sí. No se me pasó por alto el detalle. Máxime después de la lamentable muerte de su esposo.

—¿Qué insinúa?

—Le va a resultar muy difícil cobrar esas pólizas, señora Mather. He descubierto puntos oscuros en la muerte de Jerome McGiver.

El bello rostro de Stella Mather no se inmutó.

Contempló despectivamente a Dawson.

—¿De veras?

—Casualmente se filmó la muerte de McGiver. Yo vi la película. Y en ella se puede ver una mano apoderándose momentáneamente del revólver que...

Una burlona carcajada sonó súbitamente a espaldas de Dawson.

—¡Magnífico, Dawson! Es usted un hombre con imaginación. Le felicito.

El detective giró lentamente.

Junto a la puerta de entrada al despacho un individuo. En su

diestra una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

Un hombre con un extraordinario parecido al difunto Jerome McGiver.

—También yo le felicito. Su caracterización es perfecta. Un fiel sosias de McGiver.

El hombre volvió a reír.

—¿Has oído eso, Stella? ¡Un sosias!

Monty Dawson entornó los ojos.

Empezaba a comprender.

—¿Es... es realmente Jerome McGiver?

—¡Seguro! ¿Me imaginaba un actor caracterizado? No, Dawson. Yo, Jerome McGiver, lo planeé todo. En complicidad con mi querida Stella. Joseph Mather era un estorbo para nuestro amor y también un pobre loco. Soñaba que «A blue sky» nos resarciría de las pérdidas anteriores. Ni aun alcanzando un resonante éxito nos compensaría de los dos anteriores fracasos. Le convencí para firmar esas elevadas pólizas con la Bennett Company. Sidney Rowan, Cinthia Hirlihy... y yo. Para protegernos de contratiempos, le dije al pobre Joseph. La Bennett Company no sospechará nada. ¿Cómo sospechar de un muerto? Tampoco de Joseph Mather, ya que él también estaba destinado a morir. Stella recibirá ese dinero. Dos millones y medio de dólares.

—Tiene gracia. El mejor director cinematográfico de Hollywood convertido en un asesino.

McGiver enrojeció.

Ciego de ira.

—Sí, Dawson. ¡El mejor! ¡Películas de calidad alabadas por la crítica y despreciadas por un público ignorante! De mi unión con Mather pensaba alcanzar la cima. ¡Todo fue un fracaso! Stella me animó. Su amor me impulsó a...

—¿A matar?

—No lo comprendería, Dawson. Usted es uno más. Debería comprender que un talento no permite ser humillado una y otra vez. Con esos dos millones y medio de dólares emprenderé nueva vida en Europa. Ya tengo un pasaporte a nombre de Gene North.

—Apuesto a que ese tal Gene North es el que reposa en el cementerio de Gradysville.

Jerome McGiver asintió con una sonrisa cínica.

—Correcto. Gene North. Un oscuro actor de cine porno. Un tipo solitario. Sin familia. Le caracterizaron para que el comisario Wilder hiciera las oportunas fotografías. Su rostro igual al mío. En la ambulancia se hizo el cambio. Yo, con una herida simulada en el pecho, y Gene North con una bala real en el pecho. Todo muy sencillo.

—Gracias a un corrompido pueblo.

—En efecto, Dawson. Dalton Wilder, su ayudante, el forense, el propietario del hotel Stefanis... todos son buenos amigos. Les prometí medio millón de dólares por la colaboración. Han hecho un buen trabajo, aunque con usted cometieron un pequeño error.

—Los cuatro melenudos.

McGiver movió afirmativamente la cabeza.

—Dalton Wilder tuvo miedo de lo que pudiera deducir de la filmación. Interrogó a Charley Parker y éste habló de la película. Ya ha sido destruida. Wilder creyó oportuno dejarle fuera de circulación mediante una paliza. Me alertó de lo ocurrido. Uno de los muchachos delató al comisario, ¿no es cierto? De ahí que me decidiera a aparecer. Debe morir, Dawson. Realmente no sabía gran cosa. Intentó sonsacar a Stella con esa mentira del revólver. No se ve mano alguna en la filmación, aunque en efecto fue Stella la que hizo el cambio de revólver. Sí, Dawson... no sabía gran cosa; pero sería un obstáculo con sus investigaciones. Demorarían en demasía el pago de la Bennett Company. Sembraría la duda.

—¿Qué tipo de accidente me tiene reservado? ¿Se filtrará después por las paredes como en el hotel Stefanis? Cynthia me dio su nombre antes de morir.

—Y creyó que se trataba de un impostor. De alguien que se hacía pasar por Jerome McGiver.

—Sí.

—Pobre Cynthia... Casi muere de terror al verme aparecer por el armario.

—Una puerta falsa que comunicaba con la habitación de Stella Mather.

—Sí, Dawson. Todo muy preparado. Conozco bien a mis compañeros de infancia. Gradysville es un pueblo sin futuro. Medio millón de dólares les ayudará a levantar cabeza. Ahora se dedican a la producción de filmes pornográficos, prostitución de menores para

los mercados de Los Ángeles, San Francisco, Las Vegas...

—Un pueblo nauseabundo habitado por ratas. No le saldrá bien, McGiver. La Bennett Company jamás pagará.

—¿Por qué no? Será un trámite largo, pero cederán. Cynthia cayó de una ventana, Sidney Rowan en un accidente de auto que jamás podrán demostrar que el vehículo fue alterado... Y Joseph Mather de un ataque al corazón. Sólo con verme aparecer quedó como un pajarito. Stella le llevó al hospital segura de que no se recuperaría. Así fue. Descanse en paz.

—Amén.

—Bueno, Dawson. Es su turno. Nuestro fiel mayordomo le llevará a dar un largo paseo. Avísale, querida.

Stella, silenciosa durante la conversación de los dos hombres, pulsó un botón situado bajo una de las esquinas de la mesa.

Monty Dawson se decidió a actuar.

Tenía que hacerlo ahora.

Antes de la llegada del mayordomo.

Arrojó el cigarrillo al rostro de McGiver abalanzándose a continuación.

Percibió el silbar de la bala por encima de su cabeza.

No permitió que Jerome McGiver apretara nuevamente el gatillo. De un violento golpe de karate le hizo caer.

Se abrió la puerta.

El amortiguado disparo había sido percibido por el mayordomo, de ahí que apareciera con una pistola en su diestra.

Intentó disparar sobre Dawson, pero éste se adelantó utilizando la «Super-Star».

El individuo cayó de bruces.

Con un orificio en la frente.

Monty Dawson corrió hacia la mesa cerrando de un puntapié el cajón que Stella trataba de abrir.

—¡Quieta, víbora!

La mujer forzó una sonrisa.

—No sea idiota, Dawson... Puede compartir el dinero con nosotros. —Stella se aproximó sensual—. O mejor aún... tú y yo... solos... ¿Qué respondes?

El detective le soltó un trallazo con la zurda.

No se molestó en evitar que Stella cayera aparatosamente al

suelo.

Atrapó el teléfono.

Segundos más tarde estaba en comunicación con la Brigada de Homicidios.

CAPÍTULO XIV

Monty Dawson firmó su declaración.

—No se ausente de Los Ángeles, Dawson. Estamos de limpieza en Gradysville, pero posiblemente necesitemos de nuevo su testimonio.

—A su disposición, teniente. Ya sabe dónde encontrarme.

Dawson abandonó el despacho.

Acompañado del sonriente James Bennett.

—¡Infiernos, muchacho! Ha sido algo fabuloso. Se ha convertido en el héroe del día. Todos los diarios del país hablarán de su hazaña. Ha descubierto el más diabólico plan que...

Llegaron a la calzada.

—Adiós, Bennett.

—Puede tomarse unas semanas de descanso. Gastos a cuenta de la Bennett Company.

—Estoy despedido. ¿Lo ha olvidado?

Bennett rió a carcajadas.

—Es nuestra costumbre, ¿no? Jamás despediré a un hombre de su valía, Dawson. Le espero dentro de unas semanas en la central de San Francisco.

—No se canse, Bennett. Voy a trabajar solo. Está decidido. Incluso he contratado a una secretaria. Ya le comunicaré dónde enviar mis honorarios. ¡Hasta nunca!

El detective se introdujo en el auto donde le esperaba Samantha. Se alejaron dejando en la calzada al boquiabierto James Bennett.



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.